

# Los Cinco Misterios

Jerfy Poveda Reyes



# Capítulo 1

## **Prólogo.**

Antes de que el lector pase estas páginas, para saber de qué carajos va este cuento, es mejor ponerlos en contexto acerca de la clase del mundo en el que este relato toma lugar:

El año no es importante; 2010, 2020... queda a juicio del lector. El mundo es un mundo moderno, un mundo que ha sido basado desde siempre en el petróleo y la industria, y los intentos de otras energías más limpias y renovables han sido saboteados por los mismos diez millonarios que tienen monopolizado los imperios de la gasolina, el azúcar y la tecnología. Un mundo donde la gente que tiene autos lujosos y trajes de gala viven en rascacielos brillosos, mientras que a medio bloque tienen a sus madres rogando unas cuantas monedas para poder sobrevivir un día más. Un mundo donde los niños, o tienen sobrepeso, y enferman, o están en un estado de desnutrición crónica, y enferman. Estos últimos mueren más que los primeros.

Si este mundo les suena terriblemente familiar, aquí viene la parte que hace la diferencia. En este mundo hay magia; magia no como la que hay cuando levantas la vista de estas hojas y miras tu realidad; allí la magia que ves es sólo algo de arte mezclado con cierto factor de distracción. En esta historia hablo de magia verdadera, y de la más variada: desde la más limpia de las curaciones a la más negra de las nigromancias. Esta magia ha estado presente desde los primeros pasos de la humanidad y estará después de que el último hombre de la faz de la tierra muera.

Donde hay magia, habrá brujas: mujeres hermosas e inmortales, capaces de capturar la magia del mundo y darle forma mediante hechizos, pociones, runas y un sinfín de artefactos. Hubo un tiempo, cuando los hombres peleaban con espadas y escudos y no con misiles teledirigidos, en el cual las brujas eran veneradas hasta el punto de tener la libertad de involucrarse en los asuntos más elitistas de los reinos más importantes. Se tienen datos acerca de brujas viejas y reseca que vivían en callejones y cloacas cuya opinión era tan importante como la del Papa (sí, en este mundo también había un Papa). Acerca de eso, acabo de contar inconscientemente un suceso histórico en la vida de las brujas.

Les acababa de decir que las brujas llegaron a gozar de una posición elevada tanto en la política como los otros ámbitos sociales, sin importar tu origen, color de piel o creencia religiosa. Esto no les gustó a muchas otras personas; otras personas que tenían tierras, cultivos, esclavos y guerreros. Personas que no podían permitir que unas cualquiera (todas las brujas de la historia eran, y son, mujeres; no hay información acerca de hombres que hayan podido practicar el arte de la magia) que no tenían ni

apellido pudieran poner siquiera un pie en las mansiones de los poderosos.

¿Saben cuál es uno de los más graves problemas de la humanidad? Las emociones negativas son extremadamente contagiosas. La bondad cuesta de hacer germinar en los corazones de otras personas, pero si le dices a alguien que odies a tal o cual persona, dando alguna razón o ninguna en absoluto, no tardará en discriminar a esa persona... y pasar el mensaje.

Pues eso mismo pasó en ese entonces. Las familias más importantes de la época se reunieron y conspiraron para derrocar a las brujas. Las familias Caribdis, Helstrum, Aquinus, entre muchos otros, juraron destruir aquella magia que eran incapaces de practicar, y por tanto, de entender.

Cuando terminaron de armarse, y de alborotar al pueblo, dieron inicio a la Caza de Brujas. Los cabezas de cada familia empezaron dando ejemplo: colgaron a cada bruja que viviera con ellos a las puertas de sus castillos, sin importar si fueran sirvientas, madres, esposas, o hijas. Con eso empezó todo.

El pueblo se sumió en una histeria colectiva. Convencidos por las casas nobles de cada reino de que las brujas eran seres diabólicos que sólo querían escalar en la posición social para ser ellas las reinas del mundo y someter a la humanidad, empezaron a colgar y apedrear a cualquier mujer que se sospechara de practicar brujería. No sé si entienden la magnitud de lo que acabo de decir; este fue un período en la historia donde los hijos ponían setas venenosas en la comida de sus madres, madres que no eran brujas, pero así las hacían pasar cuando morían. Un período de la historia donde las madres apretaban una almohada sobre el rostro de sus bebés, sólo porque esa mañana los habían visto despedir unas chispas amarillas de sus dedos. Todos estos comportamientos eran aceptados y alentados en la sociedad.

Cabe anotar que la población femenina disminuyó considerablemente, y eso fue porque una mujer de la que se sospechara de ser bruja tenía ya muy pocas probabilidades de salir viva. ¿Han escuchado de un libro llamado Martillo de las Brujas, el *Malleus Maleficarum*? ese mismo libro fue aplicado en esta historia, durante la Caza, y era básicamente un manual de cómo identificar una bruja y hacer que confiese el crimen que era en ese entonces el haber nacido con magia. El libro daba información muy detallada de los hechizos más comunes usados por brujas, y daba algunas pautas a seguir en la interrogación de una bruja, como las diferentes pruebas para identificarla, y de cómo no había límite de tiempo en la tortura de una bruja. La tortura acababa cuando la bruja confesaba y, de paso, escupía los nombres de algunas otras brujas. A ellas también las capturaban, y así seguía la cadena. El *Malleus Maleficarum* fue escrito por dos humanos, y por tanto, no tenían ni idea de lo que estaban

hablando.

Las brujas, las brujas de verdad, pudieron haber terminado con esa masacre incluso antes de que empezara, pero si decidían contraatacar, no harían más que agitar a la gente y terminar de convertirse en los monstruos que todos creían que eran. Decidieron irse, viajar a lugares remotos y despoblados, y esconderse hasta que el pueblo humano olvidara. Ellas habían vivido lo suficiente para saber que la raza humana suele olvidar su propia historia, y con mucha facilidad. Se ocultarían de la luz del hombre el tiempo que fuera necesario para que las dejaran en paz, y si el hombre no las dejaba en paz, pues se irían para siempre.

La Caza de Brujas duró tres siglos enteros, condenada por la Iglesia que la había iniciado en un principio. Después de eso, mucho después, el hombre olvidó.

Hoy en día, la magia del mundo sigue intocable, pero las brujas capaces de moldear y usar esa magia son muy pocas. Unas no han salido de las cuevas por las que entraron en los tiempos de la Caza, pero otras, otras más osadas, han llegado a instalarse en las ciudades más grandes e importantes del mundo. Sin contar a las nuevas generaciones de brujas que han nacido: mujeres que aprenden a una corta edad los peligros de sus propiedades mágicas y que una nueva Caza de Brujas no es una cosa tan imposible.

Nuestra historia involucra un libro de hechizos, lo que se conoce en el mundo de la magia como un grimorio; el grimorio más poderoso del mundo, escrito por las cinco brujas más poderosas de antes de la Caza de Brujas. Nuestra historia involucra cómo el grimorio despertó, después de siglos de sueño, y cómo cinco brujas vieron con sus propios ojos el despertar de ese poder tan inmenso. Esta historia también involucra familias poderosas, envueltas en conspiraciones y guerras ocultas, y a un tipo misterioso conocido como Alfa.

## **Capítulo 1: La Rata Callejera.**

Antes de ver la luz, Angie Anaria se regodeaba del trabajo hecho ese día.

No era un mal botín el que logró coleccionar: diecisiete billeteras, diez de ellas con tarjetas de crédito que alcanzaron a expulsar todo su contenido antes de que las bloquearan; doce relojes de mano, la mayoría basura, pero sabía que había gente quienes compraban esa basura; tres pares de aretes de oro falso de los que se deshizo apenas supo que no le servirían para nada y una cadena delgada de oro.

Angie era una niña mucho más pequeña de lo que debería ser para su edad, pero lo que le faltaba de altura lo compensaba en experiencia. Las calles habían sido su hogar toda su vida; las ratas y los murciélagos, su

familia. Había aprendido un montón de cosas, algunas que ninguna niña de trece años debiera saber, pero eso no le importaba en realidad.

En un mundo como ese, donde una madre podía abandonar a su hija bruja a la calle y llamarlo "piedad", Angie tenía la sólida determinación de sobrevivir. Pero no podía sobrevivir como un humano normal; ella en toda su vida no había tenido nunca nada que pudiera llamar propio y eso la llevó a un profundo y casi abnegado sentido de privación de poseer bienes materiales. Decidió que todo lo que pasara por sus manos iba siempre a ser propiedad de alguien más. Habían muchos ladrones en la ciudad, de los que vestían harapos y de los que tenían casas de verano en las afueras, y todos ellos tendrían más cosas que Angie. Pero todos ellos, sin excepción, habían solicitado más de una vez los servicios de la Rata Callejera. Uno, porque ella y su magia de invocación habían sido infalibles a la hora de robar, y dos, porque lo único que pedía ella era algo para calmar el hambre y medio techo que ponerse encima en las noches.

Mientras rebuscaba en su botín algo más de valor, llegó David. David era un chico casi de la misma edad de ella que siempre procuraba su compañía. Ella nunca llegaría a entender si le dijeran que David estaba enamorado de ella (desde luego él nunca se lo había dicho), y aunque entendiera algo tan complejo como el amor, se extrañaría de por qué un chico con una familia completa y pudiente se escapase del trabajo a medio tiempo que llevaba sólo para ir a ver a una indigente que literalmente no tenía más que la ropa que llevaba puesta. David se sentó a un lado de Angie y la saludó como si se la hubiese encontrado, no como si la estuviera buscando.

-Hey, David -fue lo único que ella dijo, sin voltearse a mirarlo.

-¿Cuánto ganamos hoy?

-¿Ganamos? -Angie lo miró con una medio sonrisa-. Gané. Tal vez unos doscientos oros, si no más.

-Con doscientos oros te alquilas el penthouse del Caribdis House por dos días y te compras tres vestidos. Es lo que yo gano en medio año.

-Me servirá para cambiarme esas ropas, que ya están podridas. El resto de lo daré a Botas y me dejará dormir en el rincón de siempre.

Botas era toda una figura en el bajo mundo. Manejaba una cadena de tiendas, sin ninguna relación una de otra: víveres, joyas, armas, licor, mujeres... Nadie que se hiciera un nombre como ladrón en la ciudad podía no conocer a Botas. Cuando él escuchó de Angie Anaria, la llamó para favores cada vez más frecuentes y al poco tiempo ella y él se hicieron

buenos... bueno, amigos no, pero aliados. Buenos aliados.

-Aún no comprendo cómo es que no te das una buena vida con lo que ganas -suspiró David-. Básicamente estás regalando tu trabajo.

-Tengo una buena vida -explicó Angie con absoluta sinceridad-, y Botas hará mejor uso de ese dinero que yo. ¿Qué crees que voy a poder hacer yo con tantas monedas de oro?

Un murciélago pasó zumbando encima de ambos, tan cerca de ellos que sintieron el aire que se agitaba alrededor de las alas del animal. Sólo tuvo que chillar una vez para que Angie se diera cuenta que estaban en problemas. Se puso en pie inmediatamente e intentó salir del callejón, pero dos motocicletas llegaron a toda velocidad y cerraron la entrada. Detrás de ellos, se escucharon pasos arrastrados y voces susurrantes. "No me jodas" pensó Angie, cuando vio al tipo que lideraba la pandilla.

-¿Como estás, muñeca?

De todas las cosas que podían llamar a Angie, "muñeca" era la única que le hacía hervir la sangre.

-Mat -saludó Angie-. ¿a qué debo el honor?

El sujeto en cuestión era uno de esos musculosos que tenía a lo sumo media pizca de cerebro útil. Eso lo hacía el matón perfecto para cualquiera que pudiese contratarlo. Medía casi dos metros, tenía la cabeza afeitada, cara de rasgos duros y una cicatriz en la mejilla. Le gustaba llevar un cuchillo de caza de treinta centímetros de largo a donde fuera.

-No hay honor en nada de lo que va a pasar esta noche, puta sucia -hizo un gesto en dirección a David-. ¿Quién es ese niño? No tiene cara de ser de los tuyos.

-Si encuentras a uno de los míos -replicó Angie-. avísame, me encantaría conocerlo. Él no es nadie, déjalo ir y hablemos esto tú y yo.

-No tienes derecho a pedir nada -espetó Mat-. en cambio yo, tengo derecho a pedirte lo que nos robaste. Una corona de jade, dos brazaletes de oro y la estatua de mármol que vestía esos adornos. Te me has estado escabullendo por mucho tiempo, Rata, pero ya te tengo.

-Lo que robo no se la pasa en mi poder mucho tiempo -Angie se encogió de hombros-. Ni siquiera recuerdo a quién se lo robé. Piérdete por ahí y no me molestes la vida.

Los dos motociclistas de la entrada, sin hacer ruido durante la corta charla, se acercaron por detrás de Angie y David y los golpearon en la

cabeza con la culata de sus pistolas. Angie perdió el equilibrio y cayó de rodillas al suelo. David tenía menos resistencia que ella a los golpes y cayó completamente inconsciente. Unos cuantos de la pandilla de Mat aprovecharon para saquearlo y robar lo que fuera de utilidad. Angie, con la cabeza dando vueltas como una ruleta, sintió que alguien la agarraba del cuello y la levantaba hasta que sus pies no pudieran tocar el suelo. Todo su campo de visión se llenó con la silueta difuminada de la la cara de Mat.

-A ver, muñeca -Angie olía el hedor a alcohol en su aliento-. Esto es lo que va a pasar. Le voy a contar a mi jefe que te encontramos, y que no nos quisiste dar lo que estábamos buscando, y por eso te tuvimos que matar, a ti y a tu cómplice. Pero antes, quiero divertirme contigo. Quiero ver qué tiene la Rata Callejera entre las piernas.

-Dame el gusto de decepcionarte diciéndote que no hay gran cosa allá abajo.

Ella había sabido que robarle al jefe de Mat había sido peligroso desde un principio. El hombre tenía una fachada para la alta alcurnia y otra para los suburbios. Botas le había advertido de lo peligrosa de la misión y ella había aceptado de todas formas. Ahí tenía las consecuencias de su decisión.

Y a lo lejos, justo en ese momento, un haz de luz blanca se alzó hacia el cielo e iluminó el mundo. El destello hizo que Angie volteara a ver, porque la luz brillaba a sus espaldas. Quedó automáticamente fascinada. No había ningún reflector en el mundo que pudiera proyectar una luz tan blanca y pura.

-¿Qué es eso? -balbuceó Angie. Matt arrugó la cara.

-¿De qué mierda estás hablando?

-La luz -susurró Angie, y la señaló con el dedo-. La luz blanca.

-¿Cuál luz de mierda? -escupió Mat, e hizo que Angie lo mirara de vuelta otra vez para cruzarle una bofetada en la cara. Ella se llevó una mano a la boca y se palpó la sangre que salía de su labio partido.

-Vaya hijo de puta que estás hecho.

Se deshizo del agarre de su captor pateándolo en los testículos. Mat se apartó de ella con un gemido, pero volvió a avanzar, esta vez con su cuchillo de caza desenfundado.

Angie levantó sus manos al cielo y usó su magia. Desde arriba se fueron materializando unas bolas negras que nadie que estuviera al nivel del

suelo podría ver de qué se trataba. Angie bajó las manos y las bolas cayeron con ellas.

Cientos no, miles de alimañas llovieron por el callejón. Ratas, cucarachas, arañas gordas y peludas, todas caían y se desplomaban sobre la pandilla de Mat, y el propio Mat. Se arrastraban pierna arriba a sus atacantes y mordían y picaban y se orinaban encima de ellos a la mínima oportunidad. Angie les ordenó que no le hicieran daño ni a David ni a ella, y ellas obedecieron.

Los más débiles huyeron, pero las ratas eran más rápidas que ellos y los alcanzaron; esos murieron. Los que tenían un poco más de valor se quedaron y empezaron a luchar contra la plaga; esos murieron mucho más rápido que los primeros. Mat blandía su cuchillo de lado a lado, partiendo a los bichos en dos, cuando Angie corrió hacia él y le puso la navaja que recogió del cuerpo de uno de los pandilleros en el cuello. Mat dejó de moverse. Los animales dejaron de corretear por su cuerpo. Todo fue quietud y silencio.

-A ver, muñeca -le susurró Angie al oído-. Esto es lo que va a pasar. Mis ratas van a subir hasta tu panza, van a tantear el terreno, sentir tu carne y lo que hay dentro, y si les gusta, van a empezar a comer. Se van a abrir paso por tu piel hasta llegar a tus vísceras, y eso también se lo comerán. Las más grandes irán por tus ojos, no porque les guste, sino porque se los puedo ordenar. ¿Entiendes de qué hablo?

-Bruja -exclamó Mat-. Maldita bruja. Deberías estar pudriéndote en el puto infierno. ¡Suéltame!

-Cierra la boca... ¿Cómo fue que me llamaste? ¿puta sucia? -se acercó más al oído de Mat-. Hay una opción más. Pide misericordia. Ruégame piedad. Tal vez me lo piense dos veces. Si yo fuera tú...

-¡Piedad! -el hombretón empezó a lloriquear, las rodillas le flaquearon y una mancha brotó de sus pantalones, ahí donde se había orinado, pero él sólo chillaba y chillaba-. ¡Haré lo que sea! ¡Pero, por favor! ¡Piedad!

-Bien -Angie casi podía saborear el miedo del sujeto-. ¿Quieres piedad? ¡Aquí tienes tu puta piedad!

Angie describió un arco con la daga en todo el cuello de Mat. La sangre manó por borbotones y se derramó en el suelo de cemento del callejón. Algunas cucarachas y otros insectos se acercaron para beber. El cuerpo cayó hacia un lado, y las ratas, siguiendo las órdenes de Angie, empezaron a comer de la carne de Mat. Nadie miró hacia el callejón, ningún chismoso asomó su cabeza por la ventana, nadie hizo preguntas.

Todo había terminado.

David se despertó en la mesa de un restaurante nocturno. No recordó haberse encontrado con Angie, ni nada después de eso. Ella usó la poca magia de olvido que se sabía para borrar los recuerdos de David; de nada le servía saber lo que había pasado esa noche.

Angie estaba en lo alto de una colina del parque central, mirando fascinada al haz de luz, que en vez de amainar, como ella había pensado que haría, había aumentado en intensidad y cantidad. Había prestado atención por si alguien más miraba hacia el haz o hacía un comentario acerca de él, pero nadie parecía notarlo más que ella.

-Eso queda en las afueras de la ciudad -calculó-, como a unos veinte kilómetros. No está tan lejos.

Así que, como buena ladrona que era, robó una de las motos de los pandilleros que había matado esa noche y partió rumbo hacia la luz. Porque aparte de la curiosidad que sentía por esa cosa, sea lo que fuese, él también parecía que estuviera mirándole a ella... hablándole a ella...

Diciéndole que fuera a por él.

## Capítulo 2

### **Capítulo 2: Millonaria, Con Clase, y Maldita.**

Hace apenas dos meses, a Catarine Caribdis la mayor preocupación que la acuciaba era saber qué vestido debía usar para su fiesta de viernes por la noche. En cuestión de sólo dos meses, las cosas habían escalado a un nivel donde sumirse en la locura no parecía una opción tan descabellada.

El terror que la recorría de pies a cabeza ni siquiera se comparaba con el temor que tuvo por dos semanas al creer que estaba embarazada. Ese caso tuvo un final feliz: el período llegó un día como si sólo se hubiera extraviado por el camino, y tanto él como Catarine continuaron como si nada hubiera pasado. Este caso, sin embargo, no iba a tener un final feliz.

Hace dos meses ocurrió el primer incidente. Ocurrió mientras miraba desde afuera una tienda de ropa en uno de los centros comerciales que administraba su padre, durante una jornada que a ella le gustaba llamar "terapia de lunes". Las ventanas se desbordaban con vestidos, blusas, faldas anudadas en tejidos complejos y cientos de accesorios para combinar todo lo que veía de todas las maneras posibles. Entre todos ellos, Cata vio el vestido perfecto. Inmediatamente, toda la realidad dejó de existir, y sólo el vestido quedó, allí, bello, rebotante de clase y elegancia. Sus ojos no se desviaban de la combinación de colores del vestido, del corte que caía por el pecho del maniquí y se detenía a la mitad del muslo; todo en él denotaba una perfección que ella no sabía que estaba buscando. Los Arcángeles podrían usar ese vestido por la eternidad y usar las túnicas con las que los pintaban todo el tiempo para limpiar mesas. Así de buena era esa prenda a los ojos de Catarine. Lo quería. Lo quería por encima de todo lo que tenía. Sería capaz de dar todo lo que tenía por poder vestir ese bellísimo vestido, aunque eso no era precisamente un sacrificio; Catarine tenía el dinero suficiente para volver a comprar todo lo que tenía unas tres veces.

Algo se abrió dentro de la mente de Cata. No sabía bien de qué se trataba, pero a lo único que pudo asimilar esa sensación era a la apertura de una cerradura oxidada. Algo hizo clic dentro de ella, y en un parpadeo, ella no sólo tenía en su poder el vestido con el que se había obsesionado desde hace apenas dos minutos, sino que además lo llevaba puesto. El resto de sus prendas caían arrugadas alrededor de ella como las hojas de otoño en un árbol. Vislumbró que su ropa interior también estaba tirada por ahí, y la ensordecedora confusión que experimentó en un inicio dio paso rápidamente a un estado agudo de terror y vergüenza. Recogió con avidez toda la ropa que había en el suelo, no se detuvo a pensar si alguien podía verle algo agachándose así, de una manera tan indecente, y corrió hacia el baño más cercano, sintió el frío del suelo calándole los pies, pues

también se había quitado los zapatos y las medias.

En el cubículo, se llevó las manos a la cara, y notó que estaban tan frías como caliente tenía el rostro. Todo su cuerpo era presa de temblores y sacudidas violentas. Tenía la carne de gallina y una fina película de sudor estaba empezando a pegarle el cabello a la frente. Su mente era un torbellino de preguntas y no terminaba de formularse una para que otra tomara su lugar. La confusión se quedó y reinó hasta que Catarine reinició su sistema propinándose una fuerte cachetada en la mejilla. Después de que sus pupilas volvieran a enfocar y de un grave zumbido en sus oídos, Catarine recuperó el control de su cuerpo.

Respiró profundamente e hizo mentalmente una recapitulación de los hechos. Catarine podía ser caprichosa y mimada, pero era bastante lista, considerando la panda de niñas ricas y medio atolondradas con las que solía estar. Llegó a la conclusión de que la concentración tan absoluta que había tenido con ese vestido y el clic que sintió en lo más profundo de su ser tenían completa relación con lo que sucedió con su ropa. Respecto al vestido, no había una explicación más lógica: ella había usado magia para ponérselo, y como todo en lo que pensaba era en ese maldito vestido, todo lo demás pasó a un segundo plano, incluidos los zapatos y la ropa interior.

Había otra explicación más cómoda, pero menos probable: alguna bruja le había hecho una broma pesada y le cambió su vestimenta con magia. Ignorando todos sus instintos, Cata casi se dejó convencer cada vez más de esa idea y del escape que ésta le ofrecía, pero sabía que no era algo seguro. Decidió que repetiría el experimento a solas: eso disiparía cualquier duda acerca de si fue ella la que usó magia o no. Miró hacia abajo, hacia su cuerpo, y el vestido que lo cubría. Ese maldito vestido. Se lo quitó con furia por encima de la cabeza, y, desnuda como el día en que nació, lo arrojó hacia el excusado y bajó la cadena. El vestido logró adentrarse entre las tuberías un buen tramo, pero quedó atorado en la mitad. Cata se vistió de vuelta tan deprisa como pudo, y a esa misma velocidad abandonó el centro comercial. Su terapia de lunes estaba arruinada.

Habría sido por miedo, o pereza, o lo que sea, pero Catarine nunca se puso en la tarea de averiguar con certeza si ella tenía alguna clase de aptitud mágica. Pero cuando uno no es capaz de elegir el camino, te das cuenta que el destino ya te había mandado de viaje hace mucho tiempo. Catarine se dió cuenta de esa verdad en una fiesta oficiada por su padre en la célebre Mansión Caribdis.

Toda la crema y nata de la ciudad se reunió en la casa del padre de Catarine en celebración del Baile Anual de la Prosperidad, un evento tradicional entre las familias más poderosas e influyentes del país. El evento principal consistía en una fiesta de máscaras en las horas de la

noche. La familia Caribdis, numerosa por sí sola, se encargará de abrir el baile y ser los anfitriones que todos pensaban que debían ser. Catarine bailó con cada uno de los herederos de otras familias, como los Finngate, los Torreosa y los Billgram. La madre de Catarine decía siempre que su hija había aprendido a bailar antes que a caminar, y eso quedó demostrado esa noche: la elegancia y gracia de sus movimientos sólo era superado por las adulaciones y cumplidos por parte de sus parejas. Pero aunque lo intentó con todas sus fuerzas, todos sus movimientos y su presencia en general fueron eclipsados por la Dama Lillian.

La Dama Lillian (nadie sabía realmente su apellido) fue una mujer que había llegado a la ciudad desde el otro lado del mundo, una belleza exótica fanática del color escarlata que con dinero y seducciones fue penetrando cada vez más en la burocracia de la ciudad, y antes de que los magnates se dieran cuenta, la Dama Lillian contaba ya con tres mansiones, dos entidades bancarias, contactos en el alto y el bajo mundo, e incluso cobraba deudas que otras familias arruinadas pero orgullosas habían contraído con ella, por cifras que superaban el millón de oros con facilidad.

Por un momento, Catarine y la Dama Lillian cruzaron miradas. Los ojos de la Dama parecían negros a esa distancia, pero una cálida aura roja rodeaba sus pupilas, en un efecto maravilloso que intrigó mucho a Catarine. La Dama Lillian le mantuvo la mirada a Cata hasta que esta empezó a sentir un malestar muy extraño en el vientre. Ella se excusó con los invitados con los que estaba hablando y se dirigió al baño de damas.

Estuvo postrada ante el excusado unos buenos quince minutos, pero no vomitó nada. Aún así, el malestar no se iba. ¿Qué podría ser? no podía ser el licor; apenas si había tomado dos copas de vino. ¿La comida? si así fuese, todos los otros comensales también estarían tan enfermos como ella. Al final el asunto no tuvo importancia, porque las ganas de vomitar y la presión en su vientre fueron amainando hasta desaparecer.

Cuando abrió la puerta de su cubículo, Se encontró con la Dama Lillian que se estaba maquillando en el tocador.

-¡Dama Lillian! -exclamó Catarine, un poco más alto y agudo de lo que pretendía.

-La pequeña Cata Caribdis -la Dama la miraba por el espejo, y le guiñó un ojo con simpatía-. ¿Estás bien?

-Magníficamente -había sido tomada con la guardia baja, pero intentó no demostrarlo-. ¿Estás disfrutando de la fiesta?

-Ha sido tan buena que he venido a esconderme aquí -la voz de la Dama Lillian era suave y sedosa, pero Catarine percibió el sarcasmo con el que

habló-. La verdad estaba pensando en irme, hasta que te vi con atención.

-¿Perdón?

La Dama Lillian se volvió para ver a Catarine frente a frente, y se acercó hacia ella. Mientras le acariciaba una mejilla como si fuera su madre, le preguntó:

-¿Sabe el Señor Caribdis que tiene una bruja como hija?

Catarine puso los ojos como platos. De repente recordó la escena en el centro comercial donde, no sabía cómo, se había cambiado de atuendo en un parpadeo. El miedo la inundó y perdió el control de su boca.

-Yo no soy una... una...

-Una bruja, querida -terminó la Dama por ella-. Eres una bruja. Tan cierto como que hay día y noche. Lo sé; una bruja reconoce a otra. Asumo que sabes el papel que tu familia desempeñó en la Caza de Brujas.

Cata estaba demasiado asustada como para hablar, así que asintió con la cabeza. La Dama Lillian siguió hablando.

-Sabes perfectamente que los Caribdis no permitirían jamás la deshonra que sería el haber criado y vestido a una bruja -puso su mano bajo la quijada y le levantó la cabeza, para que la viera a los ojos-. Te matarán, Catarine, y creo que lo sabes.

Cata sabía que su familia había estado libre de brujas desde que comenzó la Caza. Ellos se cuidaban muy bien de que la magia no los tocara, y todas las brujas que nacían en su seno eran, en el mejor de los casos, repudiadas y exiliadas. En el peor, desaparecían de la noche a la mañana bajo circunstancias oportunas y misteriosas. Ella sabía que ese era el destino que le deparaba a ella, y el peso de esa carga fue demasiado para ella. Sus rodillas se doblaron y empezó a llorar desconsoladamente. La Dama Lillian la abrazó y la acunó la cabeza de Cata en su pecho. Ella no dejaba de llorar.

-Por favor, no le digas a nadie... Mi padre... ¡Mi padre!

-Tranquila, querida. No hablaré para nada de todo esto, además, ¿cómo podría, si ahora tú sabes que yo también soy una bruja? Revelar esta información no nos beneficiaría a ninguna de las dos. Déjame ayudarte.

-¿Có... cómo?

-Puedo sentir la magia dentro de ti -explicó la Dama Lillian-. Es pequeña y frágil, como una flor que apenas se está abriendo al mundo. Necesitas

saber acerca de cómo usar tu magia, y de eso, los Caribdis no saben nada. Ven conmigo, pequeña. Yo puedo ayudarte a desarrollar la magia que tienes. Yo puedo enseñarte lo que sé.

-No quiero esta magia -chilló Cata-. Quiero que me la quiten, quiero mi vida de vuelta.

-No querer ser bruja es como no querer tener esos ojos verdes tan bonitos que tienes. Es parte de ti y eso no cambiará nunca -la Dama dejó de sostenerla en sus brazos y se dirigió a la salida. Antes de abandonar el baño de damas, se volvió hacia Catarine por última vez-. Sé que es duro aceptarlo, así que te daré un tiempo para que lo medites. Tienes una semana, después de eso será difícil que nos encontremos de nuevo. Piénsalo bien, ¿lo harías por mí?

Cata dijo que lo pensaría, y la Dama Lillian la dejó.

Y los siete días vinieron y se fueron sin saludar ni despedirse, y Catarine no estaba segura de lo que debía hacer a continuación.

Por el ventanal de su habitación podía ver toda la ciudad en su nocturno esplendor. Esa vista era lo primero que veía cuando se despertaba y lo último que miraba antes de dormir. La vida que había tenido durante veintitrés años desaparecería para siempre si se escapaba de casa y buscaba a la Dama Lillian. Tal vez podría quedarse y pensar que su familia jamás podría descubrirla, pero sabía que no era así. Tarde o temprano, un secreto así de importante se conocería.

Y a lo lejos, justo en ese momento, un haz de luz blanca se alzó hacia el cielo e iluminó el mundo.

La habitación de Catarine recibió tanta luz que parecía que estuviera en pleno día. Catarine retrocedió asustada y bajó a buscar a su padre. Lo encontró en su estudio, donde se la pasaba la mayoría del tiempo. Una de las ventanas dejaba entrar el haz de luz y éste se derramaba por el escritorio de su padre.

-¡Padre! -exclamó Cata. Su padre levantó una ceja, medio extrañado-. ¿Qué es esa luz?

-¿Cata? ¿Está todo bien? ¿Qué luz?

-¡La luz! -señaló hacia la ventana-. Un rayo de luz blanca, ¿No... no la ves?

-No -aseveró su padre-, no la veo. ¿Te encuentras bien? pareces un poco

pálida.

Cata se quedó pasmada. Acaba de decirle a la cabeza de una familia antibrujas que estaba viendo una luz que al parecer él no veía. Se disculpó con su padre con rapidez y volvió a subir a su cuarto.

No cabía duda de que la luz existía. Ella la veía, una luz que empezaba a aumentar en brillo y cantidad. Catarine no podía verla tanto tiempo directamente sin que le lagrimearan los ojos.

Ahora sí que no tenía opción: Debía ir con la Dama Lillian. Su padre iba a empezar a dudar de ella, y tarde o temprano se la llevaría para hacerle las pruebas de identificación de brujas. Ella le había echado una ojeada al ejemplar del *Malleus Maleficarum* que guardaban en la biblioteca, y sabía que moriría si le tocaba enfrentarse a cualquiera de esas pruebas. Sólo la Dama Lillian podía salvarla ahora.

¿O no?

La luz no parecía estar tan lejana. Quedaba fuera de la ciudad, pero nada que un viaje en auto no pudiera cubrir.

Una hora después, Catarine Caribdis iba manejando colina abajo, directo hacia la luz. Se había llevado algunas de sus posesiones más valiosas y todo el oro que pudo sin levantar sospechas, porque algo le decía que no volvería a su hogar, por lo menos por un tiempo. Ella no escuchó el llamado de la luz como lo había hecho Angie; en vez de eso, ella sintió una tenue esperanza en su corazón que le decía que en la luz encontraría la orientación que necesitaba para la vida que mal o bien, ahora le tocaba vivir.

## Capítulo 3

### Capítulo 3: Superviviente.

-¿Otra copa? -el barman no podía creer que esa mujer siguiera pidiendo más vino. De hecho, no podía creer que esa mujer siguiera viva después de beber tanto alcohol-. Chica, ya llevas en este bar tres días.

-¿iA quien le dices chica!?! -la mujer palmeó la barra con potencia, se puso de pie en frente del barman para que la viera entera-. Mira esto. ¿Te parece el cuerpo de una chica? ¿Te parece?

-No... no lo parece -el barman suspiró. Tratar con hombres borrachos era fácil, pero las mujeres...-. Llevas tres días aquí y no me sé ni tu nombre ni tu edad.

-Tengo un nombre como cualquier otro y una edad de dos cifras. ¿Necesitas más información, o me puedes traer otra condenada copa de vino?

El barman se rindió. Le sirvió lo que la dama le pedía y se alejó a atender clientes más tratables.

Entei Empress se volvió a sentar y apuró la bebida que le sirvieron de un trago, y quedó ahí sentada, sin nada que hacer, como una imbécil. Un idiota tomó la estúpida decisión de abordarla.

-Barman -llamó el sujeto mientras ocupaba una silla al lado de Entei-. Dos frascas de cerveza. Bien frías.

El barman sirvió las frascas y las deslizó por la barra hacia donde ellos estaban, el hombre le pasó una frasca a Entei.

-Una mujer tan bonita no debería beber sola.

-Son los hombres lo que no deberían beber acompañados. Entre más de ustedes haya, más estupideces se les ocurren -replicó Entei. El hombre rió.

-Entonces finjamos que yo bebo solo pero tú bebes con mi compañía - levantó su frasca en dirección a Entei. Ella le respondió al brindis -. ¿Es verdad que llevas tres días en esta pocilga?

-Dos días y medio, pero me las he arreglado para bañarme y asearme. Y no hables mal de este lugar; es la pocilga más cómoda en la que he

estado últimamente.

-¿Ah sí? -el humano le estaba siguiendo el juego-. ¿En qué otras pocilgas has estado?

-En unas cuantas -se limitó a responder Entei.

La primera pocilga que había tenido había sido el hogar en el que nació y creció. Una choza de madera y paja que tenía más ratones que personas como habitantes. Su madre y su padre labraban la tierra para el señor feudal al que le debían lealtad, y ella y su hermana les ayudaban teniendo la choza en el menor desorden posible. Las noches eran iluminadas por una miserable vela de sebo, pero la felicidad que emanaba de esas cuatro personas juntas era todo el calor que necesitaban.

Cuando no estaban ayudando a sus padres en sus tareas, Entei y su hermana Enlil jugaban a las orillas de un pequeño arroyo que quedaba en los límites de su granja. Un día, Entei llevaba puesto un vestido de rosas blancas en un fondo crema, y su madre la dejó ir a jugar al arroyo antes de llevarla al pueblo con la condición de que no se ensuciara. Como los niños no tienen en su naturaleza el quedarse quietos, Entei se puso a saltar unas piedras en el río que hacían las veces de puente, y competía con Enlil para ver quién llegaba primero a la otra orilla. Durante la carrera, perdió apoyo en una de las piedras y Entei cayó directamente al arroyo. Cerró los ojos esperando lo peor, que se mojara y que su madre le pegara por no haberle obedecido, pero nada de eso pasó. Cuando Entei abrió los ojos, se dio cuenta que la corriente había decidido evitarla a toda costa: el agua se abría en canal antes de tocar a Entei, y se volvía a unir cuando ya la había pasado de largo. Entei miró a Enlil, y una sonrisa afloró en el rostro de ambas. No tenían que hablarse para saber lo que había pasado: ¡Magia! ¡Entei era una bruja!

Ambas sabían que las brujas eran muy codiciadas en cualquier parte del reino. El mismo rey se rodeaba de oráculos y sacerdotisas para discutir los temas más importantes. Ambas estaban de acuerdo desde hacía mucho que lo mejor que le podría pasar a la familia para dejar la pobreza que tantos problemas les había traído era que por lo menos alguna de ellas llegara a ser una bruja. Después de eso, su vida estaría asegurada. Y así fue.

La segunda pocilga de Entei fue la bonita casa de dos pisos a la que llevó a vivir a su familia con el dinero que ganaba como bruja. Ella ya tenía treinta y dos años y veintidós de experiencia con la magia: había viajado a reinos lejanos, aprendido magia tanto arcana como nueva, tanto extraña como sencilla; sabía realizar pociones y brebajes compuestos por cientos de ingredientes y había dominado el uso de las runas, símbolos grabados en objetos inertes que los dotaba de propiedades mágicas según la runa que hubieran grabado en ellos. Todo eso era por lo que su señor

feudal (nunca se supo su nombre, Entei lo llamaba el Señor de las Rosas) siempre la llamaba para pedir su consejo o ayuda. Entei nunca tuvo idea de por qué ni cómo, pero con el tiempo empezaron a conocerla con el apellido de Empress. Y en esas épocas de felicidad y prosperidad, la Caza de Brujas estalló.

El Señor de las Rosas mandó a decapitar de inmediato a todas las brujas que moraran en sus tierras, eso incluía a Entei, que había sido una de sus consejeras más cercanas. Ella estaba de visita en otro reino cuando escuchó de la orden de su señor, y se precipitó en volver a su ciudad.

A su segunda pocilga se la encontró ardiendo. Enlil estaba colgada de las manos por encima de las columnas de piedra en la entrada de su casa. Lo más usual habría sido colgarla del cuello, pero no había cabeza a la que la soga pudiera agarrarse. Los huesos de sus padres se los encontró dentro de la casa cuando apagó el incendio; estaban negros y achicharrados. Ella los recogió todos y bajó a su hermana para darles una sepultura digna. La cabeza de Enlil no la encontró por ningún lado.

En la noche del día siguiente, ella llegó al castillo del Señor de las Rosas. Se lo encontró sólo, leyendo un libro y con el porte más apacible y relajado que había visto en su vida. El hecho de que hubiera ordenado una masacre fuera de sus murallas no parecía afectarle en lo más mínimo. Ella entró sin hacer ruido por una ventana y selló el cuarto antes de que el señor notara su presencia. El cuarto quedó aislado en todo sentido: nadie podía ver lo que pasaba dentro, nadie escucharía nada de lo que se dijera en la habitación, nadie podía salir.

La mañana siguiente las criadas del castillo encontraron al Señor de las Rosas. El tronco de su señor colgaba inerte de dos sogas que se unían a sus costillas y terminaban clavadas al techo de la habitación. Le habían abierto el vientre y sus intestinos se habían desparramado fuera, colgando como tétricas serpentinas. Sus brazos y piernas yacían desperdigados por toda la habitación, repletos de cortes y mordiscos, y su cabeza no se encontró por ninguna parte. La habitación estaba salpicada con tanta sangre que era difícil creer que toda esa sangre pudiera caber en un sólo cuerpo, pero Entei logró hacerla rendir.

La tercera pocilga en la que estuvo fue la cueva que ella creó en unas montañas inhóspitas para perderse durante la Caza. Por cientos de años ella estuvo aislada y sola, aparte de la visita de una chiquilla que la encontró y demostró ser digna de recibir toda la sabiduría y experiencia de la que Entei disponía. Ella vivió en soledad, ahogándose y perdiéndose en su dolor, pero tampoco se la pasó ociosa; estudió y experimentó con la magia a un nivel tan íntimo y propio que le llevó a entender la magia que no había alcanzado a aprender y de paso desarrollar unos cuantos hechizos de su autoría. Cuando vio que los tiempos habían cambiado, salió por fin de las sombras en las que se había sumergido, motivada por un

propósito que germinó en su mente y creció y floreció durante todo ese tiempo. Después de eso perdió la cuenta del número de pocilgas que visitó. Si no las recordaba, era porque simplemente no le parecían importantes.

Entei Empress recobró la consciencia en la habitación de un motel. Estaba tumbada sobre un colchón de plumas, desnuda, con el cabello enredado y una sensación de cansancio debida a un exceso de ejercicio físico. Cuando vio al hombre que había tomado con ella la noche anterior desnudo y durmiendo al lado de ella fue cuando sus recuerdos se hicieron más claros.

-Oh -susurró con asombro. Una pequeña y pícara sonrisa salió de sus labios. ¿Quién diría que esas cosas pasaban en el mundo real? Te encuentras con una persona tan ebria como tú, congenian un poco, y lo siguiente que recuerdas es que estás encima de él, cabalgándolo como a un caballo de rodeo. ¡Pero si eso sólo pasa en las películas!

Salió del motel vestida y arreglada, pero todavía divertida de lo interesante de la situación; el mundo es un lugar tan impredecible y grande que nadie está a salvo de sus caprichos. El sol ya había pasado su cenit hace por lo menos una hora.

Lo cierto es que ella no pertenecía a esa ciudad. Había llegado hace más o menos un mes porque sus andanzas le habían enseñado que allí probablemente encontraría el instrumento que salió a buscar en cuanto salió de las cuevas. Hablando gente de por aquí y por allá, encontró un contacto muy útil, un tipo achaparrado y usurero al que le decían Botas. Él le ayudó a contactar con las brujas más poderosas y antiguas que habían en la ciudad. Sin embargo, al hablar con todas ellas, ninguna logró ayudarla. Una de ellas había sido una superviviente de la Caza, como ella, y había habitado en esa ciudad desde que apenas era una docena de chozas y una capilla. A ella fue a la que preguntó por la Orden Médica.

-Oh, sí -la anciana bruja (anciana porque quería; las brujas tienen el poder de modificar su edad biológica a placer) asintió levemente-. Ellos estuvieron aquí, hace ya muchos siglos, incluso antes de que yo naciera. Estuvieron temporalmente aliados con los Cinco Misterios antes de la Caza. Los descubrimientos medicinales que lograron, ayudados por la infinitamente poderosa magia de las Cinco, adelantó a la raza humana cientos de años en conocimiento médico.

Entei escuchó con atención, pero no pudo evitar decepcionarse cuando la anciana mencionó a los Cinco Misterios. La leyenda de las cinco brujas más poderosas del mundo reunidas en un sólo lugar era conocida por cualquier bruja viviente, pero era una historia tan inverosímil en sí misma por todas las hazañas que lograron, que las brujas del mundo se dividían entre quienes creían ciegamente cada palabra de la leyenda y otras que

ponían en tela de juicio algunas partes o definitivamente no creían que tales brujas hubieran existido realmente. Entei, basada en su experiencia, era partidaria del último grupo.

La Orden Médica de Epidauro, en cambio, sí había dejado rastro de su existencia. Numerosos libros escritos por humanos y brujas pertenecientes a dicha orden se hallaban regados por el mundo, en versiones originales y copias transcritas de generación en generación, indicando las etiologías de casi todas las enfermedades del mundo, síntomas, prevención y tratamiento, entre muchas, muchas otras cosas. Entei misma había ojeado unos cuantos ejemplares y había caído admirada por toda la información que contenía, pero en ningún libro pudo encontrar lo que buscaba. El hecho de mezclar algo real como la Orden Médica con la leyenda de los Cinco Misterios bastó para que Entei perdiera toda esperanza.

-Se dice que los Cinco Misterios recibieron a la comitiva de la Orden Médica en el templo dedicado a ellas en esta ciudad -había continuado la anciana-. La Orden se quedó por unos años y...

-Espera un segundo. ¿Hay un templo de los Cinco Misterios en esta ciudad?

-Lo hay, lo hay. Pero las cinco lo abandonaron mucho antes de la Caza, y ningún humano ahora es capaz de acordarse dónde queda exactamente.

-Que suerte que no estoy hablando con una humana -comentó Entei. La bruja le sonrió de una manera cómplice.

La mitad del sol ya se había ocultado para cuando Entei salió de la ciudad, y se escondió totalmente para cuando llegó a donde la bruja le dijo que quedaban las ruinas del templo.

-Normalmente te recomendaría no ir a ese templo -dijo la anciana a modo de despedida-. Dicen que los Cinco Misterios lo dejaron maldito para que nadie en el reino de los vivos pueda entrar y salir para contar lo que vieron. Los demonios lo rondan y en cada pared hay grabadas runas malditas. Pero no estoy segura de que vayas a hacerme caso.

“Es la primera cosa en la que creo que tienes razón” pensó Entei. Tal vez no descubriría mucho de la Orden Médica en esta ciudad, pero si hay un templo dedicado a los Cinco Misterios... bueno, no iba a perder nada probando suerte.

Había seguido las indicaciones de la anciana, y llegó a una cadena de colinas y montañas fuera de la ciudad que la rodeaban como una muralla, pero el templo no se veía por ninguna parte. Sin embargo, había esperado algo así. Usó magia telúrica para sentir las vibraciones de las montañas,

esperando que el templo hubiera estado oculto bajo tierra o dentro de alguna de ellas. Una de esas montañas despedía las vibraciones que Entei le enviaba, como si estuviera hueca por dentro y devolviera los ecos de la magia telúrica que recibía. Cuando Entei se acercó, observó una de las runas más complejas que había visto en su vida grabada en la falda de la montaña: un combinación de tres runas de sellado, cinco runas de invisibilidad y siete de alerta, todas grabadas una sobre otra. Entei sabía cómo contrarrestar runas grabando el efecto contrario encima de ellas, pero hacer ese trabajo sobre quince runas apiladas tendría un mérito casi tan bueno como el mérito de aquella persona que logró crearla en primer lugar.

Luego de dos lentas y frustrantes horas, Entei lo logró. Las runas se disolvieron como un puñado de ceniza llevado por el viento, y la entrada a las entrañas de la montaña apareció. Entei hechizó sus manos para que una luz amarilla saliera de sus palmas, y penetró en la piedra.

Eso de que el templo era patrullado por demonios parecía ser mentira, porque el sistema de cuevas que había dentro de la montaña estaba deshabitado en su totalidad. Por otra parte, Entei tenía que detenerse cada cinco minutos a desactivar unas runas (mucho más simples que la de la entrada) que hablaban de maldiciones y enfermedades a cualquiera que las cruzara. Entei siguió avanzando hasta que entró en una bóveda de piedra que era tan espaciosa y alta que la luz que despedían sus manos no era capaz de hacerla ver las dimensiones reales del lugar en el que estaba. Habría aumentado en un mil por ciento su magia de iluminación de no ser porque ahí, justo en ese momento, un haz de luz blanca se alzó hacia el cielo e iluminó el mundo.

La bóveda de piedra en la que se encontraba era mucho más grande de lo que había pensado que sería, pero lo que le importaba era que había encontrado el templo.

Un castillo de fantasía ocupaba todo el centro de la bóveda. Parecía estar hecho de cristal, porque el haz de luz le arrancaba destellos y lo hacía brillar como la plata bruñida. Cinco torres se alcanzaban a divisar por encima de un muralla de ciento veinte metros de alto. El haz de luz salía del centro mismo del castillo, parecía penetrar la montaña y salir hasta sobrepasar el cielo.

La primera preocupación de Entei fue que ese haz fuera una señal de alarma y hubiera sido ella la que la hubiera activado, pero ella estaba segura de que no se le había escapado ninguna runa de alarma hasta ese momento. Esa preocupación pasó a un segundo plano cuando notó que había alguien detrás de ella.

Cuando ella se giró para ver, vio a un hombre alto y fornido envuelto en ropas negras a menos de tres metros de ella. ¿Cómo había hecho para

que Entei no fuera capaz de oír sus pasos ni el susurro de sus ropas, incluso con el eco de la cueva? ella nunca lo sabría. Entei se sobresaltó y saltó hacia atrás, sólo para perder el equilibrio y caer de trasero al suelo.

-Mi señora Entei -habló el desconocido. Tenía una voz grave que hizo que la piel de Entei se erizara. Se dió cuenta, tal vez un poco tarde, que el sujeto llevaba a una niña de la mano.

-¿Cómo sabes mi nombre? -cacareó Entei, demostrando más miedo del que pretendía-. ¿Qué haces con una niña aquí, en la mitad de la nada? Querida, ¿conoces a este tipo? ¿dónde están tus padres?

La niña sólo se limitó a sacudir la cabeza y a aumentar el agarre que tenía en el brazo de aquél hombre.

-Mis señoras -el desconocido clavó una rodilla al suelo y se inclinó ante ellas-. No saben cuánto me alegra conocerlas por fin. Las otras tres no deben tardar en llegar, pero mientras tanto, por favor déjenme acompañarlas a sus aposentos. Las que me hicieron me llamaron Alfa, y así mismo me pueden llamar ustedes. Por favor, sean bienvenidas al hogar de los Cinco Misterios. Sean bienvenidas a su hogar.

## Capítulo 4

### Capítulo 4: Última de su Clase.

En otro país, bastante lejos de la ciudad donde está historia ha tenido lugar hasta ahora, había tres brujas que se encontraban rodeando una construcción de madera. Ninguna de ellas hacía el menor ruido, y con la comunicación telepática que habían desarrollado entre ellas, no tenían que enviar señales confusas ni leerle los labios a sus compañeras. Cada orden llegaba clara y concisa.

“En posición” pensó la menor de las tres, mientras se agazapaba en unos matorrales para que nadie que estuviera dentro de la casa pudiera verla.

“En posición” repitió la hermana de la mitad. Ella se había ocultado por la parte izquierda de la casa, asegurando la salida trasera para que la bruja no pudiera escapar por allí.

“En posición” terminó la mayor de las tres, también mentalmente. Ella quedó de frente a la puerta de entrada, porque sabía que la bruja saldría por ahí, y ella era la mejor de sus hermanas; tenía que ser ella quién la enfrentara.

Ellas no eran de ese país, pero fueron llamadas por orden del presidente para acabar de una vez con la Maldición del Bosque Mirk: Una extensión gigantesca de árboles y riachuelos que abarcaba la mitad de ese país, donde ningún hombre había puesto un pie desde hacía siglos debido a la Maldición.

Nadie sabía realmente cómo, pero el Bosque Mirk estaba maldito. Los escépticos y los valientes entraban al bosque por unos dos días máximo antes de que fueran escupidos fuera de la espesa vegetación. Todos ellos salían envejecidos unos cien años en términos médicos, con la carne colgando por los huesos, la piel arrugada y manchada y el cabello ralo y quebradizo, sin importar si el hombre hubiera sido un joven o un adulto, y se encontraban en una demencia tan severa que no pasaban tres días sin que alguno se pusiera un nudo al cuello o bebiera veneno para ratas. Las gentes empezaron a desarrollar una mezcla de respeto y temor hacia aquél bosque y no talaron nunca ni uno sólo de sus árboles. Con el tiempo, todos en el país sabían de la Maldición del Bosque Mirk y se alejaron tanto como pudieron de ese lugar.

Fuera por una estrategia metódicamente planeada, o por que se despertó de malas pulgas, el presidente de ese país decretó un día que iban a urbanizar el Bosque de Mirk. Escuchó acerca de tres mercenarias que se hacían llamar “Matabrujas” y las contrató para que le asesoraran acerca de cómo acabar con la Maldición. Ellas le explicaron que la magia no se

hace sola: aunque la magia sí resida en el mundo, invisible e intocable, sólo una bruja puede tomar esa magia y darle forma. Ellas habían escuchado muchos casos de lugares malditos por brujas muy territoriales, probablemente porque esté guardando algún tesoro importante o porque simplemente no tolera la presencia de los humanos. Ellas se ofrecieron a buscar a la bruja causante de la Maldición y jurarle que acabarían con ella hoy mismo. El presidente aceptó sin pensarlo dos veces.

Luego de dos meses de reconocimiento, las Matabrujas encontraron el nido de la bruja: una edificación de madera anudada con lianas y enredaderas que debía parecer algo endeble y frágil, pero en realidad era una obra arquitectónica majestuosa: toda la construcción descansaba sobre dos pilares de piedra y de ahí la madera salía como si brotara de los mismos pilares formando espirales y giros bellísimos que hacían las veces de paredes. La enredaderas, lejos de desmejorar la apariencia de la madera lacada, la ornamentaba con nudos y trenzas para darle una apariencia celta de lo más fantástica. Pero las brujas no vinieron por una casa de madera, vinieron por la bruja que vivía allí.

La bruja que vivía allí salió de la puerta principal, como la Matabrujas mayor supuso que haría. La bruja era tan hermosa como la casa en la que vivía: aparentaba unos veintisiete años, pero tenía el rostro impregnado de la sabiduría y la experiencia de siglos de vida. El cabello escarlata caía por sus hombros y a lo largo de su espalda en una sola y lisa cascada. Sus ojos eran del color de las esmeraldas y su cara tenía rasgos afilados pero delicados a la vez. Sus orejas terminaban en punta, y un colmillo se asomaba por entre sus labios rojos. Las matabrujas pudieron también examinar su cuerpo porque la bruja había salido con unas dos pequeñas prendas verdes que apenas le cubrían la cadera y alrededor del pecho. Unas líneas tan perfectas y delineadas como las de las enredaderas de su casa se extendían por todo su cuerpo, un cuerpo atlético pero no exento de proporciones, con brazos fuertes y dedos que la bruja hacía bailar con movimientos fluidos y rítmicos. Levantó una mano y apuntó directamente a cada de las Matabrujas mientras las contaba. Al parecer, el hecho de que estuvieran escondidas y hubieran usado magia de sigilo no significó nada para ella.

-Una -dijo mientras señalaba a la mayor, el brazo se movió a su izquierda y contó a la hermana del medio-, dos -y levantó la otra mano para apuntar a la hermana menor -, y tres. Tres brujas. Llevo cuatrocientos treinta y tres años maldiciendo este lugar, ¿y tres brujas es todo lo que merezco? No espero nada de los humanos y aun así logran decepcionarme.

-No somos humanos -espetó la hermana del medio. La hermana mayor maldijo mentalmente. "No le sigas el juego" dijo telepáticamente.

-No hace falta que lo digas -la bruja se peinaba el cabello rojo con los dedos de las manos-. Ningún humano habría podido llegar hasta aquí. Son buenas para haber visto todas mis trampas y no haber caído en ninguna. Les respetaré eso.

“¿Qué hacemos?” preguntó la hermana menor mentalmente. Esta misión estaba empezando a gustarle cada vez menos.

“No hagan nada” respondió la bruja de cabello rojo, también telepáticamente. Todas las Matabrujas dieron un respingo. “Sólo mueran”.

La hermana del medio salió de su escondite y disparó una flecha antes de que el corazón pudiera emitir un latido completo. Le tomó menos tiempo que ese a la bruja para detener la flecha y devolvérsela con magia, a la misma velocidad. Los reflejos de la Matabrujas fueron lo suficientemente buenos para que la flecha sólo le hubiera hecho un rasguño. La hermana menor lanzó dos dagas a la espalda de la bruja, pero ella giró sobre sí misma con las manos extendidas y agarró las dagas por la empuñadura como si se las hubieran entregado por voluntad propia.

-Estas son muy bonitas -rió la bruja mientras contemplaba las dagas que tenía en las manos-, creo que me las quedaré.

La Matabrujas mayor invocó un remolino de tierra debajo de la bruja. Ella se limitó a verlo con una mirada inquisitiva mientras sus piernas desnudas eran succionadas por la tierra, que se había vuelto tan líquida y maleable como el agua.

Las Matabrujas se reunieron para ver cómo el remolino iba consumiendo el cuerpo de la bruja. Cuando estuvo llena de tierra hasta el cuello, decidió hablar:

-¿A quién se le ocurre atacar a una bruja del bosque con magia de tierra?

Su cabeza también terminó por hundirse y el remolino se calmó, pero eso no llenó de tranquilidad a ninguna de las tres hermanas. La bruja no había hecho ni el menor esfuerzo para no ser engullida. De repente, la tierra alrededor de las Matabrujas explotó.

Cada hermana salió despedida lejos de las otras. Cuando la mayor se incorporó, vio que la menor ya se había levantado, pero la del medio estaba acostada boca abajo en la hierba, y dos dagas le habían brotado del cuello y la espalda. La bruja había aparecido en el medio de la explosión y levitaba unos dos pies por encima del suelo. Ni una hebra de su cabello se había despeinado y su ropa verde no tenía ni una sola

mancha. Su mirada brillaba de diversión.

-¡Llévatela! -gritó la hermana mayor a la menor, señalando el cuerpo inmóvil de la del medio-, retírate y cúrala.

La pequeña asintió, pero no se movía. Entre ella y su hermana herida se hallaba la misteriosa bruja, y ella le estaba mirando fijamente.

-Tú sigues -susurró, con voz arrulladora.

\*\*\*

Unas horas después, Gwynyth Gryth saqueaba los cuerpos de las Matabrujas, a ver si algo de lo que ellas tenían le podía ser de utilidad. Tanto como sus habilidades, sus pertenencias también eran pobres y mal hechas.

La menor había acabado decapitada por la espada larga que la mayor llevaba en la espalda. La mayor había acabado hecha un alfilerero cuando Gwynyth hizo que todas las flechas del carcaj de la hermana del medio llovieran por encima de ella. La del medio murió desangrada por las heridas que Gwyn le había abierto con la daga de la hermana menor. Había esperado algo mejor de ellas, pero después de la sorpresa de la explosión de tierra, no se recuperaron con la rapidez debida, y eso le dio a Gwyn toda la ventaja.

Algo de lo que se encontró si le pareció interesante. Una especie de tabla metálica con una pantalla de vidrio que ocupaba toda la parte plana de una de sus caras. Tenía unos botones en uno de los laterales, y cuando oprimió uno, la pantalla irradió luz. Gwynyth tiró el objeto como si este se hubiera prendido fuego, pero lo volvió a coger cuando vio que no parecía hacer daño. La pantalla se había iluminado con una imagen de las tres hermanas, una al lado de la otra.

-Qué cosa tan curiosa -le dijo al viento. Decidió guardarla para estudiarla más adelante, por ahora tenía trabajo que hacer.

Se llevó los tres cadáveres al interior de su casa, los colgó en vulgares ganchos para carne y los iba destripando con un cuidado casi cariñoso. Una pluma con tinta y un rollo de pergamino revoloteaba alrededor de ella, anotando todo lo que Gwyn decía acerca de los órganos que iba extirpando de cada una de las tres hermanas y sus apreciaciones sobre ellos.

-Cerebro: una, dos y tres negativos. Corazón: una y dos positivos. Pulmones: los tres negativos... ¡Uuu! ¡Ojos! las tres son positivas, tienen unos ojos muy buenos -canturreó Gwynyth-. Los ojos nos servirán. Huesos, una, dos y tres positivos. Ojos y huesos, entonces. El resto sobra.

Eran brujas de muy bajo nivel, pero muertas serán mucho más útiles que cualquier cosa que hayan hecho en vida.

Se deshizo de las vísceras de las Matabrujas pero se tomó la delicadeza de enterrar sus cuerpos en una parcela de tierra detrás de su casa. Ella dijo que las respetaba por haber llegado hasta allí, y lo decía en serio.

Los ojos y los huesos, deshidratados y pulverizados, fueron a parar a un pequeño caldero de cristal que era el orgullo de la Magnum Opus. Sólo con empezar a calentarlo pensó en sus amigos de la Orden y en todos los experimentos que llevaron a cabo en ese caldero; le parecía un milagro que ese trasto todavía estuviera operable.

-Incineración -empezó a recitar Gwynyth, y calentó el caldero hasta que de su contenido sólo quedaron las cenizas.

-Disolución -numeró, mientras vaciaba un frasquito de ácido fuerte en el caldero. El polvo gris se mezcló con el líquido y formaron una solución transparente y fluida.

-Cristalización -sacó el caldero de la llama que tenía debajo y lo puso en un crisol lleno de cubos de hielo. Unos finos cristales afloraron en la superficie, finos, traslúcidos, pero con un brillo blanco peculiar. Gwynyth esbozó una sonrisa: "Lo sabía, la magia de los huesos es muy abundante".

Se pasó la noche entera experimentando con el material que había recolectado ese día. Como ya sabía, la magia del mundo habitaba en todas las cosas vivas, y aunque Gwynyth había destilado la magia de un millar de árboles, plantas, animales y cosas inertes, ninguno de ellos podía contener tanta magia como las brujas. Si la Magnum Opus hubiera permanecido con ella, estaba segura que ya habría obtenido una piedra filosofal; cien manos trabajan mucho más rápido y mil veces mejor que sólo las dos que tenía Gwyn. Si la Iglesia no hubiera prohibido la práctica de la alquimia hace ya tantos años, ella, el Maestro Flamel, el Maestro Bacon, el pequeño Newt, Baulot... tantos y tantos alquimistas que tenían la sagrada misión de entender el funcionamiento de este mundo y de esas enseñanzas realizar la creación de la piedra filosofal, la solución a todos los problemas del mundo... Bueno, Gwyn ya había tenido tiempo para llorar por lo que pudo ser, y aunque la magia de las Matabrujas no fue suficiente para que ella pudiera poner en funcionamiento el hechizo de transmutación de la piedra, le parecía que cada día que pasaba le acercaba más al objetivo de su Orden. Había jurado sobre las tumbas de los que la precedieron que haría una piedra filosofal, y ese juramento había ocupado todo el tiempo del que disponía.

Después de extraer exitosamente la magia de las brujas y guardarla en la bola de cristal donde almacenaba toda la magia que había extraído

durante todos sus años de estudio, decidió buscar orientación en las estrellas. Su telescopio estaba pasado de moda, claro, y se habría vuelto loco si alguien se le acercara y le dijera que la tecnología había llegado tan lejos que ahora tenían un telescopio gigante en el espacio, pero lo que tenía le servía perfectamente para lo que iba a hacer.

Las constelaciones seguían ahí, bellas e imperturbables, pero algo más captó su atención. Muy, muy a lo lejos, justo en ese momento, un haz de luz blanca se alzaba de algún lugar hacia el cielo e iluminaba el mundo. Gwynyth estuvo segura de que casi tenía un orgasmo; esa luz no era otra cosa que magia pura y dura. Magia del mundo que se desbordaba y se derramaba por el cielo como si alguien hubiera destapado un yacimiento de magia subterránea. ¡Cuántas bolas de cristal necesitaría para encerrar toda esa magia!

Cinco minutos después, Gwynyth Gryth salía disparada en su escoba, surcando los cielos, decidida a alcanzar esa luz antes de que se apagara y no pudiera saber de que se trataba ese espectáculo tan majestuoso. Si pudiera tener acceso a esa magia, la piedra filosofal estaría a la vuelta de la esquina. En nombre de la Magnum Opus, ella acabaría la misión que hombres mejores que ella empezaron y murieron antes de terminar. Tomó todos los libros y los instrumentos que había heredado de su Orden, voló hasta estar por encima de las nubes, vio el delgado hilo de luz, y azuzó a su escoba para que acelerara y fuera rumbo allí lo más pronto posible.

Aunque no fuera gracias a las Matabrujas, ellas cumplieron con lo que juraron: La Maldición del Bosque Mirk terminó ese día.

## Capítulo 5

### Capítulo 5: Alfa y Omega: El Primero y la Última.

Alfa avanzaba silenciosamente con la espada en la mano; no había encontrado ningún enemigo, pero eso no quería decir que no estuvieran cerca. Si lo emboscaban, no perdería un preciado segundo desenfundando la espada.

Salvó un túmulo de pequeñas tablas chamuscadas de un salto y pensó durante medio segundo que tal vez ese montón de tablas había sido una casa hace apenas unas horas, antes del ataque. Pensar en eso no le serviría de nada en esos momentos, así que siguió avanzando.

Sabía que no debía hacerlo, y contra todos sus instintos, recordó. Su mente viajó varios siglos atrás, cuando los Cinco Misterios se desplegaron para pelear en una batalla: Lady Morgana y Lady Grinhilda comandaban las huestes de criaturas voladoras, Morgana siempre a bordo de un dragón escarlata y Grinhilda de un grifo de pelaje dorado. En tierra estaban Lady Erictón, Lady Circe y Aradia. Lady Erictón siempre iba a la vanguardia con sus hordas de caballería, lanceros, arqueros, infantería, y un sinfín de invocaciones que obedecían sus órdenes sin titubear, entre las que se encontraban ejércitos de no muertos, espíritus, almas en pena y árboles y plantas andantes, entre muchos, muchos otros. Lady Circe se encargaba de potenciar la fuerza, la velocidad y otros atributos de todos los aliados en batalla y los comandaba a todos, inclusive a las otras cuatro brujas; ellas la superaban en casi cualquier magia, pero ninguna trazaba estrategias ni veía tan claramente el camino de la victoria como Lady Circe, y Aradia era para la defensa lo que Lady Erictón para el ataque: ella brindaba protección a las huestes aliadas y a las otras cuatro brujas, y curaba a los heridos y revivía a los muertos, minimizando las pérdidas. A veces bromeaban y cambiaban de posiciones unas de otras, pero cuando el enemigo era fuerte o las probabilidades de victoria eran bajas, Alfa siempre las recordaba en esa alineación.

Aún le pesaba en la memoria el estar caminando solo en esos momentos; que él estuviera vivo mientras las cinco mejores brujas del mundo estuvieran muertas era una realidad que no dejaba de atormentarlo.

Cuando coronó la cima de una pequeña colina, pudo ver el escenario con claridad. Como se lo había temido, había llegado demasiado tarde.

Las casas eran montones de madera ennegrecida y cenizas, y algunas de ellas asomaban algunos huesos chamuscados y carne quemada de aquellas que no salieron a tiempo. El pequeño arroyo del que la aldea sacaba el agua para subsistir estaba adornada por cadáveres que ya empezaban a hincharse. Como para rematar, a los Helstrum les pareció

buena idea colgar a cinco niñas pequeñas y tres adultas en los restos de una casa grande, seguramente el hogar de la jefa de la aldea.

Por fuentes confiables a Alfa le llegó la información de una operación de cacería de brujas que organizó la familia Helstrum en algunas aldeas aledañas. Esto sorprendió a Alfa de muchas maneras. Primero, las aldeas aledañas a Oblivion eran todas habitadas por brujas refugiadas que nunca daban problemas, de hecho era tanto su hermetismo con la sociedad que algunas aldeas eran desconocidas para los habitantes de la ciudad central. Segundo, nunca estuvieron en mente de las grandes familias cazabrujas; no tenían fuerza suficiente para representar una amenaza ni la posición de las aldeas era una ventaja o un obstáculo para los demás. En resumen, eran brujas que no se metían con nadie y esperaban lo mismo, pero si hubieran conocido un poco más a los humanos, sabrían que daría lo mismo pedirle a un león que no te coma sólo porque eres vegetariano.

Tercero, y lo que más confundía a Alfa, era que la familia Helstrum residía en otro continente al otro lado del océano. La limpieza de brujas en Oblivion y sus alrededores era tarea de los Caribdis. Alfa sabía por mano propia que una familia podía cazar brujas en territorio extranjero sólo por invitación de la familia anfitriona, pero los Caribdis eran muy territoriales; ellos no dejarían que otras personas eliminaran a las brujas que eran su responsabilidad.

Bajo todas esas variables, Alfa se las arregló para evacuar la mayoría de aldeas o ahuyentar las fuerzas Helstrum cuando ya estaban allí y evacuar dejaba de ser una opción. A pesar de que hizo lo que ningún otro humano hubiera sido capaz para salvar todas las aldeas (los Helstrum sobrevivientes van a hablar mucho de él, Alfa estaba seguro) no llegó a tiempo para salvar la última aldea.

Alfa contó cada una de las brujas asesinadas a sangre fría en esa aldea. Cada una de ellas fue una bruja que no pudo salvar, pero por lo menos las recordaría.

Y justo en ese momento.

Un haz de luz blanca se alzó hacia el cielo.

E iluminó el mundo.

Una voz sobresaltada que no era la de Alfa le hizo saber que no estaba solo. Levantó su espada y se giró de inmediato para responder el ataque enemigo, pero se detuvo, porque la persona detrás de él no estaba atacando, ni parecía realmente un enemigo.

Una niña de unos cinco años había salido de su escondite y caminaba lentamente hacia el haz de luz. No parecía tener conocimiento del hecho

de que no estaba sola. Alcanzó a dar una docena de pasos con pasos temblorosos antes de caer, y Alfa fue a ayudarla.

Cuando la levantó en sus brazos, observó que pesaba mucho menos de lo que esperaba. Un examen rápido de su cuerpo le hizo saber que no tenía heridas graves, y tenía los codos y las rodillas sucias; al parecer se había ocultado en algún lugar antes del ataque.

Mientras esperaba que la bruja recobrarla la conciencia, Alfa miró hacia la luz. Sabía perfectamente que provenía del templo de los Cinco Misterios y que era hecho por el Grimorio de las Cinco, avisando a quien fuera capaz de verlo de un peligro inminente. El grimorio ya había hecho eso unas cuantas ocasiones, pero sólo Alfa había sido capaz de verlo y de prepararse para la amenaza. Que otra persona aparte de él viera la luz lo asustaba y lo emocionaba a partes iguales.

La bruja abrió los ojos lentamente, pero sin signos de dolor. Alfa no perdió tiempo.

-Bruja -llamó-. ¿Cuál es tu nombre?

La niña, al ver que estaba en brazos de un desconocido, se asustó un poco, pero contestó de todas formas.

-Mara... Mara Mariejois.

-¿Vivías en esta aldea, cierto?

-Sí.

-¿Alguien más alcanzó a escapar? ¿Dónde está tu mamá?

Ella señaló a la casa de la jefa de la aldea, a una de las ahorcadas que se mecía con el viento. La luz que el grimorio despedía a muchos kilómetros de allí hacía apreciar otros detalles en el cadáver que Alfa no había sido capaz de ver en la oscuridad de la noche, detalles que era mejor no haber sabido.

-Ella me dijo que corriera, que todo iba a estar bien -Mara no destilaba ninguna emoción en sus palabras. Parecía como si no estuviera digiriendo bien todo lo que estaba pasando o estuviera en estado de shock. "Las lágrimas vendrán después" pensó Alfa.

-Todo va a estar bien -respondió Alfa-, yo puedo hacerme cargo de ti, darte de comer, vestirte, y...

-Qué luz tan bonita - Mara sólo tenía ojos para la luz del grimorio -. ¿No lo

crees?

Así que la niña sí veía la luz. La emoción de Alfa aumentaba a pasos agigantados. Era mucho pedir, cierto, pero no por eso dejaría de creer. ¿Habrían vuelto? ¿Habrían otras cuatro brujas que estén viendo la misma luz, y, embelesadas por ella, estén en camino al templo de los Cinco Misterios?

-Sí que lo es -respondió Alfa-. ¿Te gustaría ir a verla más de cerca?

Mara asintió, y él la llevó en brazos hasta el templo de los Cinco Misterios.

\*\*\*

Una noche, Lady Eriectón le había preguntado a Alfa qué haría si los Cinco Misterios dejaban de existir. Alfa se sobresaltó y su boca olvidó cómo formular las palabras: nunca había pensado en una idea como esa y eso fue lo que le dijo.

-No vamos a estar aquí para siempre -respondió Lady Eriectón. A Alfa le pareció percibir algo de tristeza en la voz de su ama-. Todo tiene un inicio y un fin, y nosotras no somos una excepción a esa regla.

-Daría mi vida si con eso puedo salvar las de cualquiera de ustedes - declaró Alfa.

-Lo harías, sin dudarlo un instante. Todas te conocemos bien -convino Lady Eriectón, con una sonrisa-. Pero hay fuerzas que ni siquiera la magia de todas nosotras puede parar. Cuando el destino llegue y se vaya y nosotras dejemos de existir, serás libre.

-No recuerdo haber tenido cadenas cuando ustedes me crearon. He sido libre desde siempre y he tomado la decisión de estar a su servicio hasta que me consideren inútil o muera.

-¿Inútil? mi amado Alfa, nunca llegarás a eso. Escúchame bien, querido. Las brujas no tienen magia propia; todo lo que hacemos es pedir prestada la magia que yace en el mundo y la manifestamos en hechizos y encantamientos. Cuando nos vayamos... no, no lo niegues, Alfa; no espero que lo entiendas, pero quiero que estés listo para cuando pase. Cuando nos vayamos, toda nuestra magia volverá al lugar de dónde salió, pasará a ser parte de los árboles, de las piedras, del centro del mundo. Pero el grimorio dice que la magia perdida puede volver a estructurarse y encontrar brujas en las que morar y crecer, si ellas demuestran ser dignas -Lady Eriectón se giró y miró hacia la luna, que brillaba fuera del palacio-. No sé cuándo, pero algún día aparecerán las otras Cinco, y ellas van a necesitar de tu ayuda. Creo que sinceramente ellas serán el mejor legado

que mis hermanas y yo podemos dejar a este mundo. Eres libre de seguir tu camino después de que no estemos, pero te quiero pedir un favor... - Lady Erictón parecía apenada y sus mejillas estaban encendidas, muy diferente de la actitud enérgica y segura de sí misma que tenía siempre. Alfa nunca la había visto así.

-Los favores de los Cinco Misterios son órdenes para mí.

-Este no. Esto lo harás sólo si tu quieres. Quiero que encuentres a las otras cinco, las nuevas Cinco Misterios, y haz que nuestra magia viva en ellas -se acercó a Alfa y lo tomó de las manos-. Hazme ese favor y estaré en deuda contigo por lo que me quede de vida.

-Mi señora no me deberá nada nunca -la actitud de Alfa era impertérrita-. Será un honor esperar a las siguientes Cinco Misterios. Si llegasen a aparecer, juro que las mantendré a salvo contra todo lo que las moleste.

Las lágrimas de Lady Erictón bajaban por sus mejillas, pero estaba sonriendo. Ella se acercó más a él, y lo besó. Fue una noche que Alfa no podría olvidar jamás.

\*\*\*

Luego de llegar al templo y de encontrarse con Entei Empress, Alfa se arrodilló ante ellas para darles la bienvenida. La llegada de Entei convirtió su esperanza en certidumbre. Estaba pasando. Las Cinco estaban llegando de nuevo.

-Mis señoras. No saben cuánto me alegra conocerlas por fin. Las otras tres no deben tardar en llegar, pero mientras tanto, por favor déjenme acompañarlas a sus aposentos. Las que me hicieron me llamaron Alfa, y así mismo me pueden llamar ustedes. Por favor, sean bienvenidas al hogar de los Cinco Misterios. Sean bienvenidas a su hogar.

-Este no es mi hogar -replicó Entei-. Yo me voy, y la niña se viene conmigo.

Entei tomó a Mara de la mano y se encaminó hacia la salida del templo. Alfa no hizo ademán de detenerlas.

-Alguien viene -susurró Mara, y se libró de la mano de Entei para volver a agarrar la manga de Alfa. Entei esperó en el pasadizo que daba a la entrada del templo, encendiendo sus manos en fuego puro.

"Es buena" observó Alfa. "Tiene una técnica y un control impresionantes".

-Ejem... dis... ¿disculpen? -una cara se asomó por el pasadizo, temerosa de dar un paso más hacia el centro de la montaña. De lo que Alfa pudo

observar, tenía las mejillas encendidas, el cabello del color del oro y esmeraldas en los ojos, ojos que se abrieron como platos cuando vio que una mujer con llamas en las manos la miraba con intenciones asesinas-. ¡Lo siento mucho! ¿Es un mal momento?

-¿Quién te dijo cómo llegar aquí? -fue lo que dijo Entei a modo de saludo.

-Déjame adivinar -aventuró Alfa-. La luz te trajo.

La cara que salía del pasadizo de piedra miró a Alfa con algo parecido a la comprensión, y asintió brevemente. Alfa asintió de vuelta.

-Mi señora Entei, por favor te pido de que dejes de molestar a la dama. Ella es mi invitada.

-¿Invitada? -Entei seguía sin entender, pero por lo menos apagó el fuego de las manos-. No me mientas. Ni siquiera sabes quien es ella como para que la invites.

-Toda aquella que vea la luz que sale del grimorio es invitada al templo de los Cinco Misterios -aseguró Alfa.

-¿Cinco Misterios? -Ahora era la bruja del pasadizo la que no entendía.

-¿Eso significa que también soy invitada? -dijo una voz detrás de Catarine, tan cerca de ella que la ahuyentó de su escondite y la sacó del pasadizo hacia la bóveda de piedra, haciendo que la luz la bañara. La bruja que habló también se adelantó. Era pequeña, con cabello castaño y las pintas de una indigente.

-Por supuesto que sí -Alfa era el único calmado en un mar de mujeres y confusión. Se arrodilló de nuevo ante las recién llegadas brujas.

-¿Alguien me explica que está sucediendo aquí? -Entei estaba tensa; se sentía como si hubiera caído en un trampa, pero no sabía de qué se trataba.

-Yo también tengo algunas preguntas -declaró la indigente.

-Esto parece un cuento de hadas -dijo la bruja rubia-, sólo que falta el hada.

-¡Saludos, miserables mortales! -Una chica vestida con lo que parecían ser hojas silvestres montaba en una escoba por encima de ellos, tenía el cabello color escarlata y las orejas puntiagudas, y miraba a todo el mundo desde arriba.

-No me lo creo -susurró Entei.

“Y con ella son cinco” pensó Alfa. Y su corazón le dijo que estaba en lo cierto. Son ellas.

Los Cinco Misterios habían regresado.

## Capítulo 6

### Capítulo 6: Desastre.

Todos los cinco presentes en la Sala de la Mesa Redonda, la torre central del Templo de los Cinco Misterios, eran un cóctel de emociones y caras:

Angie sentía una auténtica curiosidad, y las potenciales amenazas que eran sus otros cuatro acompañantes no la preocupaban lo más mínimo.

Catarine sentía todo lo contrario: ella creía que todos allí eran personas que la querían ver muerta, y su miedo aumentaba a cada minuto.

Entei sentía desconfianza: parecía algo demasiado planeado para ser casualidad y aunque no le interesaba saber de qué se trataba, igual decidió quedarse.

Gwynyth era la imagen viva de la felicidad. Después de cuatrocientos años en el Bosque Mirk, todo en el mundo exterior le parecía una maravilla, y la idea de conocerse con otras brujas le provocaba una ansiedad casi patológica.

Alfa presidía la reunión, y aunque por fuera pareciera una estatua de piedra, por dentro se sentía embriagado de victoria. Sus señoras habían vuelto. Él fue quien tomó la palabra.

-Mis señoras. Formalmente les doy la bienvenida al Templo de los Cinco Misterios. Espero que sea de su agrado.

Unas curiosas antorchas azules estaban desplegadas por toda la sala, dándole hasta al objeto más ordinario un aura mística que ninguna de las brujas pasó por alto. Las sillas eran de madera tallada y había un sinfín de bebidas y comidas disponibles para las invitadas. Todas estaban de acuerdo en que el templo era un lugar hermoso.

-Los Cinco Misterios son una leyenda -replicó Entei, enteramente obstinada-. Un cuento que le contaban a las brujas para que se sintieran orgullosas de ser quienes eran.

-Ese fue justamente el propósito de mis creadoras -asintió Alfa-; Lady Eriectón, Lady Circe, Lady Morgana, Lady Grinhilda y Aradia fueron reunidas de la misma manera de la que ustedes lo fueron...

-¿La luz? -preguntó Gwynyth; la luz y la magia que residía en ella fue la razón por la que dejó el bosque. Alfa asintió:

-Cuando se reunieron, ellas estudiaron la magia a un nivel tan primordial y puro que su magia y su fama llegaron a todo el mundo.

-Espera un segundo -exclamó Entei-, dijiste que eran tus creadoras, ¿qué significa eso de creadoras?

-¿Pero qué me pasa?! ¿dónde están mis modales?! -Alfa les dedicó una reverencia a todas-. Mi nombre es Alfa, soy un homúnculo creado de la magia de los Cinco Misterios y el único homúnculo creado con éxito en la historia. Mi vida es otra demostración del poder de las cinco brujas más poderosas del mundo. Debo reconocer que no sé sus nombres, excepto por la señora Empress, que ya había visto en otras ocasiones.

-¿Tu y yo nos habíamos visto? -Entei estaba escandalizada.

-Recuerdo que una vez mis creadoras me enviaron como emisario al palacio de Lord Treyll. Cuando te vi a su lado como su consejera, percibí la enorme magia que el mundo te había otorgado. Tuve la oportunidad de verte en acción unas cuantas veces y me asombré de tus habilidades.

-El Señor de las Rosas -Entei cerró los ojos, pero así como no se había acordado de su nombre, tampoco se acordaba cómo lucía; el único recuerdo que tenía de él fue la noche en que lo torturó y asesinó-. Lo siento... no te recordaba.

-No tenías por qué, yo no era más que otro humano ordinario.

Entei sentía la mirada de todas las demás brujas sobre ella. Así que levantó la vista sin temor y se presentó:

-Pues ya oyeron al señor Alfa. Mi nombre es Entei Empress. Bruja de nivel alto y superviviente de la Caza de Brujas. Mucho gusto en conocerlos.

-Angie Anaria -se presentó la bruja de cabello castaño y que vestía harapos, y tomó un sorbo del café que había en la mesa. Todos pensaron que iba a decir algo más, algún título importante o algo por el estilo, pero no dijo nada.

-iYo sigo! iyo sigo! -La bruja pelirroja agitaba la mano levantada como loca-. Mi nombre es Gwynyth Gryth. Única miembro de la orden de la Magnum Opus y buscadora incansable de la piedra filosofal.

-¿La piedra filosofal existe? -preguntó Angie.

-Hasta hace un momento no sabía que los Cinco Misterios existían de verdad -Entei se encogió de hombros-. A estas alturas ya cualquier cosa

parece posible.

Sólo una persona faltaba por presentarse. Catarine sintió cuatro pares de ojos taladrando su mente. Sabía que su nombre por sí sólo le daría problemas, y pensó en mentir y cambiarse el apellido, pero rechazó la idea; ella era lo que era y no iba a ocultar su origen.

-Catarine Caribdis. Hija de Lord Renius Caribdis y heredera de la fortuna Caribdis... o eso era esta mañana.

Alfa no pudo evitar sorprenderse por la revelación. ¿En qué pensaba el grimorio al traer a casa a la hija del enemigo más acérrimo de las brujas? ¿Ella era una bruja? ¿Habría venido con fuerzas antibrujas de los Caribdis? Estaba a punto de levantarse para revisar que el templo no estuviera siendo rodeado en esos momentos cuando Entei habló.

-Caribdis -Entei saboreó la palabra-. Sí... he matado ya unos cuantos Caribdis.

-También yo -dijo Alfa, en tono sosegado.

-También yo -susurró Angie, y todos se giraron para verla-. Eran ellos o yo, así que...

-Lo que sí no he matado es una bruja con ese apellido -continuó Entei-. ¿Cómo es que la hija de Lord Renius vivió tantos años en su techo sin levantar sospechas? Los Caribdis parecen sentir una emoción especial al matar a las brujas que nacen dentro de su familia.

-Estoy consciente de todo lo que mi familia ha hecho -Catarine estaba a punto de llorar-. En cuanto a mí, empecé a... desarrollar algunas aptitudes mágicas los últimos meses, y mi padre lo notó... escapé de mi casa esta misma noche en cuanto vi la luz -por fin las lágrimas cumplieron su amenaza, y rodaron por su mejilla-. Ya no tengo nada.

-Todo lo contrario, mi señora Caribdis -replicó Alfa-. Aquí estarás a salvo de cualquiera que te quiera herir, a ti o a las otras cuatro. Daré mi vida si es necesario.

-Es una Caribdis -protestó Entei.

-Es una bruja, mi señora Entei. Todas las brujas que vean la luz del grimorio...

-Son invitadas en el templo... ya lo sé, ya lo sé.

-¿Cuál es la quinta bruja? -Preguntó Gwynyth-. ¿Era la niña a la que

llevabas de la mano?

-Correcto -asintió Alfa-. Se llama Mara Mariejois, y aparte de mi señora Caribdis es la que peor la ha pasado hoy. Su aldea fue quemada y su madre asesinada por la familia Helstrum. Le di una pócima para dormir sin sueños, pero dudo que haga el efecto esperado.

-Qué curioso -dijo Angie.

-“Curioso” no es la palabra que yo usaría -reprochó Entei.

-No me refería a lo que le pasó a la niña -replicó Angie-. Sinceramente he escuchado historias peores. No, estaba pensando que todos nuestros nombres son aliteraciones: Angie Anaria, Entei Empress, Mara Mariejois, Gwynyth Gryth y Catarine Caribdis. Nombre y apellido empiezan con la misma letra.

-Tienes una mente muy rara, Anaria -declaró Gwynyth, levantando una ceja.

-Gracias -Angie tomó otro sorbo de café.

En ese momento, Alfa y Entei giraron sus cabezas hacia uno de los ventanales de la sala, viendo hacia fuera del templo con el ceño fruncido.

-¿Sucede algo? -preguntó Catarine, mientras les seguía la mirada.

-Algo se está acercando -dijeron ambos a la vez. Alfa se levantó y se dirigió a la salida-. Mis señoras, por favor vayan al cuarto principal del primer piso, Mara está allí. Mi señora Entei, cuídalas, por favor. Ya vuelvo.

-¿Qué está pasando? -repitió Catarine, hecha un matojo de nervios. “Por favor, que no sea lo que yo estoy pensando”.

-No lo sé -respondió Entei al fin-, pero como sean fuerzas de Caribdis, voy a hacer rodar sus cabezas. La tuya será la primera.

\*\*\*

Alfa llegó a las afueras del templo, con la espada desenfundada, pero no había nadie en la bóveda de piedra dentro de la montaña. Eso no lo ayudó a sentirse mejor. Su instinto le decía que algo estaba a punto de pasar. Algo malo.

Catarine abrió la puerta de la habitación que Alfa les dijo que fueran, y dentro estaba Mara, tal y como lo había dicho. La niña bruja estaba acostada en una esquina de la habitación, empapada en sudor y

agitándose de forma incontrolable. Por sus ojos se desbordaban las lágrimas.

-Mara -Entei se sentó a su lado y tocó su frente. Acto seguido, Mara empezó a calmarse hasta quedarse inmóvil. Ahora era Entei la que sufría espasmos y lloraba inconsolablemente.

-Cambio de emociones -Gwynyth recordaba esa clase de magia-. Le diste tu tranquilidad y tu serenidad y te llevaste de ella la angustia que siente en estos momentos. Deberías dejarla llorar, ella necesita el luto.

-Que llore a su madre cuando esté despierta y sepa por qué llora -Entei se enjugaba las lágrimas-. No por causa de un maldito sueño.

-Chicas -Angie miraba a un punto en el centro de la sala-. Vengan a ver esto.

En un pedestal de cristal de cinco caras que se alzaba en el centro de la habitación había un libro cerrado. Las cuatro brujas se agruparon alrededor de él. El libro estaba hecho de cuero negro con tachas de plata. Las esquinas y el lomo estaban adornadas con filigrana de oro bordada en nudos finísimos. El motivo del centro del libro era una estrella de cinco puntas, cada punta era rematada con una piedra preciosa diferente: un zafiro amarillo, una esmeralda, un diamante azul, un rubí y una amatista.

-Este parece ser el grimorio que nos convocó -apuntó Angie.

-Ciertamente parece ser un grimorio -comentó Entei-. Uno muy antiguo.

-Y pequeño -Catarine se agachó un poco para verlo de perfil-, no tendrá más de quinientas páginas. ¿Las brujas más poderosas de la historia sólo escribieron quinientas páginas?

Gwynyth miraba el grimorio como si fuera un regalo de los dioses. Un regalo hecho para ella, y sólo para ella. En esas páginas debía yacer el secreto de cómo hacer la piedra filosofal. Levantó su mano para tocarlo, y el libro se abrió sin que nada ni nadie lo hiciera moverlo. Sus páginas pasaron una tras otra en veloz sucesión por unos buenos treinta segundos.

-A mi me parece que van más de quinientas páginas -observó Angie, mirando de reojo a Catarine.

Cuando el grimorio se detuvo, todas se acomodaron para leer el título de la página en la que había quedado.

-No entiendo nada de lo que dice -admitió Catarine.

-Tampoco yo -secundó Angie.

-Son glifos arcaicos -explicó Gwynyth-. Ya eran antiguos desde mucho antes de que yo naciera.

-Es un hechizo de protección -Entei pasaba la vista por los glifos, y no sólo los leía, al parecer sabía qué decía cada uno de ellos-. Dice que pone una barrera alrededor del área deseada por la cual la magia no puede entrar ni salir. Puede servir para contención o para protección.

Un estruendo se oyó por toda la bóveda de piedra. Poco después, una ráfaga de lo que parecía ser luz roja entró a la habitación y pasó por ella de lado a lado. Apenas la luz se posaba en una de las brujas éstas caían al suelo, con los rostros contraídos y gritando de dolor. Cada una de ellas sintió lo mismo: que un poco de magia se había ido de ellas. Lo sentían en su interior, como algo que nunca habían percibido pero que siempre estaba ahí; un algo que acababa de hacerse un poco más pequeño.

Entei fue la primera en ponerse de pie. Gwynyth estaba en el piso, pero alcanzó a hacerse oír por encima de los estruendos, que cada vez eran más fuertes.

-¡Entei! ¡Haz ese maldito hechizo! ¿Qué estás esperando?

-Estoy leyendo. Guarda silencio -Entei leía los glifos con afán, pero era la decisión, y no la preocupación, lo que la motivaba. En la otra página estaba la parte final del hechizo y una representación de la estrella de cinco puntas que se encontraba dibujada de forma más estilizada en la portada. Fue ahí cuando llegó la segunda ola de luz roja.

Entei cayó al piso de nuevo, con el grimorio en sus brazos. Todas abrieron los ojos como pudieron y se vieron unas a otras, preguntándose con la mirada qué diablos era lo que ocurría. Entei notó que la estrella de la página del grimorio tenía sus puntas encendidas, cada una de un color característico.

Lo siguiente que se dió cuenta fue que su índice derecho tenía un brillo feroz de color rojo. Al mirar a sus compañeras, vio que ellas también tenían sus índices de los colores de cada punta de la estrella. Entei no se lo pensó dos veces.

Apenas conectó su dedo con el sello rojo de la punta de la estrella, la embargó una sensación de euforia y de placer que la hizo suspirar de puro éxtasis. Entre el grimorio y su dedo se conectaban pequeñas líneas rojas

que parecían latir con vida propia.

-¡Aquí! -gritó Entei como pudo-. ¡Chicas! ¡Todas aquí!

Gwynyth era la más cercana. Ella tenía la punta de su dedo brillando de un color verde, y sólo le bastó ver lo que había hecho Entei con su punta de la estrella para que ella hiciera lo mismo. Ella se conectó con el grimorio igual que lo había hecho Empress y la tercera oleada de luz atacó. Ninguna de las dos volvió a abrir los ojos.

Angie se sentía atrapada en una espiral donde todo era negro con negro, con el rojo ocasional de la luz que tanto daño le estaba provocando, hasta que sus ojos enfocaron en la luz que Entei y Gwynyth hacían salir del grimorio. Su índice brillaba de un color amarillo dorado muy bello. Catarine estaba justo al lado de ella, agazapada y esforzando cada célula de su cuerpo en ponerse de pie. Ni los pies ni las manos de Angie obedecían sus órdenes, así que cerró los ojos y aceptó la muerte que le debió haber llegado tanto años atrás, hasta que sintió un brazo alrededor de su cintura. Catarine Caribdis se había levantado y estaba cargando hacia el libro con Angie a cuestas. Su índice brillaba de un morado muy tenue.

-¿Qué estás haciendo? -susurró Angie.

-¿Qué te parece que estoy haciendo? ¿Viendo las noticias? -Catarine sufría cada paso que daba, por ella y por Angie, y al final se dejó caer a unos pasos del libro, con la distancia suficiente para que ambas alcanzaran la estrella del grimorio. Entei y Gwynyth no tenían los ojos abiertos, pero sus dedos no se separaban de las puntas de la estrella que habían ocupado. Angie tocó la punta amarilla con su dedo y Catarine hizo lo mismo con la punta morada. La cuarta oleada atacó.

Cuatro brujas estaban conectadas, pero aún quedaba una punta de la estrella vacía. Mara estaba inconsciente, y aunque hubiera despertado, estaba muy lejos como para llegar ella sola. Las demás también habían perdido el conocimiento. Otra oleada más y ninguna de ellas llegaría a ver el sol salir de nuevo.

Alfa llegó arrastrándose a la sala. No tuvo tiempo para disfrutar el hecho de que el grimorio fuera activado de nuevo; lo único que vio fue que faltaba una bruja para completar el hechizo. Llegó hasta Mara como pudo y la llevó en brazos hacia el grimorio y las cuatro brujas, y puso el dedo de ella (que brillaba del azul de un cielo despejado) en la punta superior, que alumbraba del mismo color.

Fuera del templo se levantó lo que parecía ser un velo etéreo que brillaba de blanco, estampado de estrellas de diferentes colores; un color por cada Misterio. El velo se levantó y cubrió todo el templo un segundo antes de

que la quinta oleada de luz maligna entrara.

Las oleadas siguieron llegando, y para cuando se detuvieron al amanecer, habían golpeado el escudo del templo ciento quince veces. El velo se disipó cuando salió el sol, y fue cuando salió el sol que las cinco brujas y Alfa se despertaban lentamente de su letargo.

## Capítulo 7

### Capítulo 7: Recurso Sagrado.

Catarine fue la segunda en abrir los ojos.

Su habitación era diez veces más pequeña que la que tenía en su casa, las paredes eran de piedra blanca, sin adornos. Estaba metida en una cama amplia de cobijas moradas y las únicas cosas que parecían fuera de lugar eran las que ella se había traído: unas cuantas prendas, un par de zapatos y una bolsa llena de monedas de oro.

Alguien golpeaba la puerta. Catarine le dijo que pasara en vez de preguntarle quién era. Su mente hasta ahora empezaba a recordar lo que pasó la noche anterior.

Alfa cruzó la entrada. Vestía un traje de mayordomo, formal y de corte elegante. Lo único disonante en su aspecto era la espada que se mecía suavemente en su cintura. En una mano llevaba una bandeja de plata que dejó en una de las mesas.

-Mi señora Caribdis. Le he traído desayuno.

-Alfa... -Cata quería preguntarle por lo que había pasado anoche, pero decidió comer primero-. Gracias.

Mientras ella echaba mano del pan cortado y del jugo de naranja que Alfa había traído, él respondió a lo que ella aún no le había preguntado.

-Anoche alguien hizo un hechizo máximo -al ver el desconcierto en los ojos de su señora decidió continuar-. Un hechizo máximo es de la clase más alta de magia. Cambia el comportamiento o el estado de la magia del mundo. Es extremadamente poderoso y usualmente tiene un radio de alcance casi mundial.

-Ya entiendo -Catarine recurrió a su capacidad crítica-. ¿Sabemos quién lo hizo?

-No, mi señora.

-¿La señora Entei no puede hacerse cargo de rastrear un hechizo así?

-Tal vez, mi señora, pero ella aún duerme. Tú eres la primera de las cinco en despertar.

-Entonces sabías que sería yo -alegó Catarine, con un tono de reproche.

-Lo supuse. Aún no tienes tan desarrollada la magia que reposa en ti. Las demás tienen más habilidad y fueron más afectadas por las oleadas.

-Eso quiere decir que lo que sea que fueran esas olas rojas, tenían por meta atacar a la magia directamente.

-Esa es la teoría. Necesitamos ir a la ciudad para revisar, pero no iré hasta que las otras cuatro no despierten.

-Podemos empezar sin ir a la ciudad -Catarine movía los ojos conforme un plan tomaba forma en su cabeza: causas, acciones, consecuencias... todo se acumulaba dentro de ella-. Tengo entendido que la magia reposa en todo lo que tenga vida. Revisa los bosques, los árboles. Si el hechizo es tan poderoso como tú dices, algo debió haber cambiado, ¿no?

-Tienes toda la razón, mi señora Caribdis. Llegaré con un informe lo antes posible.

-Oh. No, no -Catarine empezó a sentirse apenada-. Esa fue una sugerencia. No tienes por qué hacerme caso.

Alfa se quedó mirándola por un tiempo antes de responder.

-¿Sabes por qué sigues viva? Tú y las demás conjuraron un hechizo de protección tomado del Grimorio de las Cinco. Nadie que no sean las sucesoras de mis creadoras pueden activar los hechizos de ese libro; es más, para todos los demás, el Grimorio es sólo un libro en blanco. Puedes creer que miento, mi señora Caribdis, pero el Grimorio no. Ustedes son los Cinco Misterios, y estoy a sus órdenes tal y como lo estuve con las cinco anteriores. Los favores de ustedes son órdenes para mí. Sé que tal vez no es la vida que querías llevar, pero si puedo tener el descaro de pedirte algo, te lo pido ahora.

Alfa se dio media vuelta y se dirigió a la salida. Catarine no pudo aguantar quedarse callada.

-¿Qué es lo que me pides entonces?

-Que no te niegues, mi señora - Alfa no volvió la vista atrás -. Yo creo en ti, en todas las cinco. Ustedes serán más grandes de lo que se atrevieron a soñar - y cerró la puerta tras de sí.

\*\*\*

Entei abrió los ojos lenta y perezosamente.

La habitación estaba rebosante de su color favorito, el rojo: Colchas rojas encima de una cama roja de madera roja sobre un suelo de piedra rojiza, las cortinas carmesí estaban recogidas, dejando entrar el paisaje fuera del Templo de los Cinco Misterios. Su instinto le indicaba que algo andaba mal, y la pregunta surgió en voz alta:

-¿No se supone que este templo está bajo tierra?

-Lo está -dijo una voz a su lado. Mara Mariejois se había sentado a su lado y estaba leyendo un libro de historia-. El señor Alfa me dijo que es un hechizo que nos deja ver a través de la montaña, pero no en sentido contrario, así podemos ver a los enemigos que se acercan.

-Pues es un paisaje hermoso -Entei miró al crepúsculo, una bandada de gorriones atravesaba el firmamento por encima de Oblivion, su ciudad vecina, que ya estaba empezando a encender las luces para apartar la oscuridad-. Tengo hambre, ¿sabes si hay algo de comer en este lugar?

-El señor Alfa está preparando la cena.

-Perfecto, porque también quiero hablar con él. ¿Me acompañas?

Mara asintió alegremente y acompañó a Entei al comedor, en el edificio central. La pequeña tomó la palabra:

-El señor Alfa me dijo todo lo que pasó anoche -Mara era incapaz de apartar su mirada del suelo-. Mientras dormía, unos sueños muy feos me asustaron, pero poco después dejé de tenerlos y descansé muy bien, me dijeron que fuiste tú quien me ayudó.

Entei se detuvo y se arrodilló para estar a su altura. la rodeó con sus brazos y dejó que su cabeza reposara en su pecho. "Es muy joven para esta carga, maldita sea", pensó.

-No tienes que decir nada. Antes lamento no poder hacer más por ti. Si necesitas alguna cosa, lo que sea, te juro que te ayudaré, ¿de acuerdo? - De Mara no salía nada más que sollozos y lloriqueos que no quería dejar salir, pero se agolpaban en sus ojos en una estampida inevitable-. Lo siento, de verdad lo siento mucho.

Mara y Entei se quedaron ahí por unos minutos más antes de recomponerse como podían y reanudar su marcha al comedor central.

El comedor central bullía de actividad por primera vez en siglos, y Alfa

tuvo que reprimir los recuerdos. No fue capaz.

No era una coincidencia que las sucesoras de los Cinco Misterios se sentaran en los mismos lugares que sus creadoras: Aradia siempre se hacía en la esquina más lejana de la mesa, evitando todo contacto social, igual que Angie. Lady Grinhilda y Lady Circe se sentaban siempre juntas, hablado de algunos rumores o chismorreos, o planes de batalla, según fuese el caso; ahora mismo, Gwynyth y Catarine charlaban entre ellas, absorbiendo información del mundo de la otra. Cuando Mara y Entei entraron al comedor, Mara inmediatamente ocupó el lateral de la mesa. Entei ocupó el extremo de la mesa, en el puesto de honor. A nadie le pareció algo fuera de lugar; en el ambiente reinaba un sentimiento de que todo estaba bien y en el orden exacto en el que debería estar.

-Alfa. Buenas noches.

-Buenas noches, mi señora Entei -saludó Alfa-. Asumo que debes tener hambre.

Alfa se adelantó a la respuesta de su señora y sirvió la cena: cordero asado en hierbas y bañado en salsa de frutas, ensalada dulce y vino tinto suave. Todas exhalaban un suspiro de asombro.

-Esto se ve delicioso -confesó Catarine, que fue la primera en comer.

-Mis creadoras siempre me decían que mi comida sabía mejor de lo que se veía. Espero que tengan razón.

-Pues la tenían -afirmó Gwynyth-. ¿De dónde sacas estos ingredientes? El vino está delicioso.

-Las primeras Cinco crearon dos cornucopias en las bóvedas subterráneas del templo -explicó Alfa-. Una genera alimentos y bebidas sin parar. Tuve que aprender a cocinar de todo lo que sacaba esa cornucopia. No morirán de hambre aquí.

-¿Y la otra cornucopia? -preguntó Angie, que decidió ser parte de la conversación.

-La otra cornucopia escupe quinientas monedas de oro por minuto. Se detiene al llegar a los diez millones, pero se vuelve a llenar cada vez que alguien hace un retiro. No les faltará nada a ninguna de ustedes.

-Estás mintiendo -reprochó Gwynyth-. Puedo comprarme una ciudad con diez millones de oros.

-No me tientes -intervino Catarine, realmente ensimismada-. Se acerca

mucho a la fortuna de mi familia.

-Si no me creen las llevaré yo mismo a verlas. Pero antes tenemos que ir a la ciudad. Ahora mismo.

-Estoy de acuerdo -convino Entei-. Necesitamos más información de lo que sea que haya pasado anoche.

-Ya estuve averiguando. Gracias a la sugerencia de mi señora Caribdis analicé la magia de las cosas del bosque... No son noticias alentadoras: el noventa y ocho por ciento de la magia del bosque fue extraída.

-¿Qué quieres decir? -Entei entrecerró los ojos.

-El ataque de anoche tenía como propósito la magia misma -especuló Catarine-. Gwynyth y Entei sufrieron más por las oleadas y por eso fueron las últimas en reponerse... Y todas lo sentimos, ¿verdad? cómo la magia en nosotras mermaba.

-Si eso es así -Entei miraba con atención a su plato, pero su apetito se había ido-, temo por las brujas que no pudieron protegerse como nosotras.

-¿Habrán perdido sus poderes? -preguntó Catarine.

-Las más débiles, tal vez -Entei empezaba hasta ahora a notar lo cerca que estuvo de perderlo todo-. Las más poderosas tienen la magia tan arraigada dentro de ellas que quitarselas equivaldría a matarlas.

\*\*\*

Oblivion, centro de la ciudad. Catarine Caribdis cruzaba las calles en su automóvil siguiendo las indicaciones de Angie Anaria, que le había dicho a la banda de alguien que les podría ayudar. Entei Empress vigilaba su alrededor buscando algún cambio drástico en la ciudad. "Alguien lanzó un hechizo máximo" pensaba "no pudo haber pasado tan desapercibido. Por pura casualidad pasaron por la casa de la anciana que le había hablado del Templo de lo Cinco Misterios. Un par de paramédicos salieron de la casa con un cuerpo dentro de una bolsa. A Entei se le hizo un nudo en la garganta.

Mara Mariejois aun estaba algo conmocionada por los eventos recientes. Su consciencia estaba en un lugar al que sólo podía acceder ella y no parecía querer salir de ahí por un tiempo. Por otro lado, Gwynyth Gryth no dejaba de jadear y maravillarse de cómo había cambiado el mundo en cuatrocientos años. Preguntaba a cualquiera que pudiera oírla qué eran esas pantallas o cómo fue que hicieron esos edificios tan altos sin ayuda

de gigantes.

Leí en un libro una chica que preguntó exactamente lo mismo -respondió Catarine-. Era pelirroja también, como tú. Es uno de mis libros favoritos.

Alfa también observaba más allá de las ventanas, pero no buscaba lo que buscaba Entei. Como protector de los Cinco Misterios, él analizaba las calles buscando amenazas: patrullas de los Caribdis, pandillas radicalistas, incluso otras brujas. Si sabía de dónde podrían atacar, no lo podrían tomar desprevenido.

-Llegamos -susurró Angie.

-Angie -Cata frunció el ceño cuando detuvo el vehículo-. Esto es un burdel.

-Algunas cosas no cambian -comentó Gwyn, con mirada de desaprobación.

-¿Qué es un burdel? -preguntó Mara. Angie no perdió tiempo en responderle.

-Es una lugar a donde la gente viene a...

-Son cosas de grandes, Mara -cortó Entei, mirando con reproche a Angie-. No puedes entrar, así que me quedaré contigo. ¿Te parece bien, Alfa?

-Estoy de acuerdo -asintió el homúnculo-. Yo entraré con las demás. Si llegas a ver algo sospechoso, por favor, no dudes en avisarnos.

-Oh. Yo me quedo con Entei -exclamó Catarine-. Esto de... los burdeles... no es lo mío.

-No me digas que nunca has entrado en uno, Caribdis. -Angie sonreía de forma traviesa-. Déjame invitarte un día de estos. Se arman unas fiestas de no creer.

\*\*\*

Botas era un tipo pequeño, con barriga una calva incipiente. Cuando manejaba su burdel se vestía con una sencillez casi formal, y nadie en la calle lo miraba dos veces; eso era lo que él quería: el anonimato te da un poder casi equiparable al que te da la fama, y él sabía usarlo. Él nunca escuchaba o veía entrar a Angie hasta que la tenía sentada en frente de su escritorio de caoba. Ella le dirigió la palabra cuando se sentó.

-Buenos días, Botas.

-¡Angie! por el amor de Dios, me vas a dar un infarto un día de estos.

-Cuento con eso -dijo la Rata Callejera, con una medio sonrisa que no podía interpretarse como si dijera la verdad o no-. Tengo entendido que anoche pasaron un montón de cosas.

-No tengo idea de que estás hablando -Botas dirigió su mirada inmediatamente a sus libros de encargos; las misiones de los ladrones-. Han llegado algunos encargos, si aún quieres dormir en la esquina que te tengo reservada.

-Anoche dormí en una esquina más cómoda. No necesito más de tus encargos. Vine aquí para preguntarte por lo que pasó la puta noche pasada. Yo sé que tú sabes, Botas. ¿Quién hizo el hechizo? ¿Cuál fue su efecto?

-Sabes que con un botón puedo llamar a mis guardias, maldita Rata. He hablado con ellos, y mueren de ganas de...

-Violarme, sí. No sé que carajos tienen las personas con mi cuerpo. ¿Les da ilusión cogerse a una indigente? -Una tarántula del tamaño de una mano cayó sobre el cuello de Botas-. ¿Qué pasó anoche, botas?

-¡Jons, Grit! -gritó Botas a lo que le pudo los pulmones.

La puerta detrás de Angie se abrió, pero quién entró fue Alfa:

-Guardias neutralizados, mi señora Anaria.

-¿Y este idiota quién es? -preguntó Botas-. ¿Tienes idea de quién soy? estás muerta si me matas, Rata, y lo sabes.

-Por eso necesito que me digas lo que sabes del hechizo -respondió Angie-. Hazlo, y te dejo en paz.

-No tengo idea de qué fue ese hechizo, de verdad -Botas se frotaba las manos como una mosca, sudaba copiosamente y el color se había esfumado de su piel.

-¿Hay una probabilidad de que de verdad no sepa? -preguntó Alfa.

-No -apuntó Angie-. Alguna de sus putas son brujas, y cuando pasé por el lado de ellas, sentí su magia. No sólo sabe quién lo hizo, sino que protegió a sus chicas.

-Te juro que no sé, Anaria. No quería saber. Alguien llegó, se las llevó y las trajo esta mañana. De verdad que no sé más.

Botas sintió una punzada aguda en el cuello; la tarántula lo había mordido. Sentía el veneno que le había inyectado bajando por sus venas. Botas lanzó un grito de dolor.

Angie sacó de sus bolsillos un frasco de color rosa.

-Te quedan diez minutos de vida, proxeneta de porquería. Dime quién lanzó el hechizo y te doy este bonito antídoto que hice. ¿Trato?

-¡Púdrete, zorra asquerosa! -Botas se masajeaba el cuello, pero eso sólo aumentaba la velocidad de difusión del veneno-. ¿Cómo diablos puedes usar magia? Lilith dijo que todas las demás brujas se iban a marchitar...

-Lilith -repitió Alfa-. Por lo menos hay un nombre.

-Y el propósito del hechizo -añadió Angie-: Alguien extrajo la magia del mundo.

-No... -Botas ya jadeaba, su mirada no enfocaba y sus dedos temblaban-. No hay nada que contenga toda la magia del mundo. Extrajo la magia de mil kilómetros cuadrados. Usará esa misma magia para extraer la de cien mil kilómetros, y así, hasta que alcance a todo el mundo.

-A eso lo llamo yo información relevante -Angie dejó el frasco rosa en la mesa, Botas se tomó su contenido enseguida-. ¿Ves que sí sabías, Botas? Vámonos, Alfa. No nos va a decir más.

-Sí, mi señora Anaria.

Pero mientras Angie le dió la espalda a Botas sacó la Colt 45 que guardaba debajo de su escritorio para y disparó hacia Angie. Tenía que matarla, o si no, Lilith lo mataría a él.

El arma nunca se disparó. Botas vió cómo su arma cayó al escritorio, junto con su mano derecha. Una mujer que no había visto nunca, una pelirroja con un colmillo asomándose de entre sus labios, había aparecido de la pared y cercenado su mano desde la distancia. Botas empezó a gritar y a agitarse el muñón desesperadamente.

-Eso no está bien, señor Botas -canturreó la bruja-. No se puede atacar a nadie por la espalda.

-Gryth -Angie se giró para verla-. Eso fue exactamente lo que tu hiciste.

-¡Claro que no! Le atacué por un lado, y él iba a hacerlo primero. Hay circunstancias y circunstancias.

-La señora Gryth tiene razón, señora Anaria -intervino Alfa-. Si ella no hubiese atacado yo mismo me habría puesto en medio de la trayectoria de la bala.

-Mentiroso -balbuceó Angie-. Nadie hace eso por otra persona.

-Yo lo haría por ustedes. Tú eres lo que más me importa ahora mismo, tú y las otras cuatro. Sólo mi muerte me impedirá protegerlas.

Angie perdió el sentido del habla. Nunca creía haber escuchado esa combinación de palabras. Desde que su madre la abandonó y vivió de lo que la calle le daba, ella nunca esperó nada de nadie; eso hizo que nunca se decepcionara de las personas, y bajo esa filosofía creó murallas, sin querer, donde las personas del mundo estaban del otro lado de ellos, sin poder alcanzarla a ella, que siempre había estado sola.

Pero Alfa llegó con una catapulta, y lanzó un piedra que hizo tambalear esas murallas.

Angie nunca pensó demasiado en estas cosas mientras salía con Alfa y Gwynyth del burdel de Botas. No creía que los sentimientos de las personas (incluida ella) fueran tan importantes.

Pero la realidad es que los sentimientos son otro tipo de magia; una magia antigua, poderosa y lamentablemente subestimada.